

Ricardo Flores Magón

OBRAS DE TEATRO

Tierra y Libertad

Verdugos y víctimas



Ricardo Flores Magón

OBRAS DE TEATRO

TIERRA Y LIBERTAD

VERDUGOS Y VÍCTIMAS

Índice

Nota editorial

Tierra y libertad

Verdugos y víctimas

Acerca del autor

NOTA EDITORIAL

Las dos obras teatrales de Ricardo Flores Magón describen la situación social imperante en el México de los años 1916-1918, a raíz del pacto de la Casa del Obrero Mundial con el gobierno Constitucional, presidido por Venustiano Carranza, así como las repercusiones que esta traición tuvo en el movimiento obrero-campesino.

El hecho de que los principales dirigentes obreros de la época olvidasen los intereses de la clase que supuestamente representaban, en pos de la consolidación de su principal enemigo, el burgués nacional y la burguesía internacional, constituye el punto de partida del obrero pro-burgués que impera en nuestro país.

Estas dos obras de teatro: *Tierra y Libertad* y *Verdugos y Víctimas* están escritas en un lenguaje sumamente sencillo, ya que eran destinadas a ser representadas frente a un público poco preparado culturalmente, puesto que un alto porcentaje de la población mexicana y latinoamericana¹ era analfabeta.

Esta reedición responde a la necesidad de difundir los planteamientos tan mal conocidos e inclusive tergiversados de Ricardo Flores Magón.

El Grupo Editor.

¹ Precisamos Latinoamérica porque estas obras fueron puestas en escena en varios países sudamericanos.

TIERRA Y LIBERTAD

Personajes:

- Don Julián, rico hacendado.
- Don Benito, cura.
- Juan, Peón.
- Marta, compañero de Juan.
- Marcos, Peón.
- Rosa, compañera de Marcos.
- Ramón, Peón.
- Teresa, compañera de Ramón.
- Carcelero.
- Ministro.
- López, líder obrero.
- Señorita Sofía Merindieta, profesora normalista.

Oficial, Mozo, Centinela, Delegado, Peones primero, segundo, tercero, cuarto y quinto; Soldados, campesinos de ambos sexos y distintas edades; obreros de ciudad.

La acción pasa en México.

ACTO PRIMERO

La decoración representa un camino a través de un bosque.

Marta y Don Julián.

Don Julián

(Saliendo por la izquierda y deteniéndose a la mitad del escenario) Esta vez no se me escapa la muchacha. ¡No faltaba más que un hombre como yo, poderoso, dueño de mil kilómetros cuadrados de terreno y con gran influencia ante el Presidente, se dejase babosear de una pelada como la tal Marta! (Mirando hacia la derecha) No debe tardar en pasar mucho por aquí. (Consultando un reloj de oro) Faltan diez minutos para las once, y es la hora en que lleva la comida a ese imbécil de Juan. ¡Y la comida que devoran estos marranos, no la comerían ni mis perros! Pero eso es lo que merece esta gente. ¡Bonito sería que comieran lo que comen sus amos! En cuanto a la muchacha, es bonita. No tiene más de tres meses de casada con Juan; yo sé que se quieren bien, pero soy el amo y tengo derecho a ella. (Mirando hacia la derecha) Aquí viene Marta; voy a ocultarme. (Corre hacia la izquierda y se oculta detrás de un árbol)

Marta

(Sale por la derecha llevando una cesta al brazo y se detiene a mitad del escenario) (Suspirando) ¡Pobre Juan! Tanto que trabaja y no le llevo más que frijoles. Se me parte el corazón ante tanta injusticia y en mi pecho siento no sé qué sorda cólera. Soy una ignorante; pero para mí es injusto que el que trabaja viva en la miseria, mientras los que no hacen nada útil vivan gozando toda clase de comodidades. (Descansa la cesta; hinca una rodilla y se pone arreglar la servilleta) (Suspirando) Yo nada sé; pero pienso que no es justo que los que

labran la tierra, siembran el grano y levantan la cosecha, tengan menos que comer que los que viven en continua fiesta sin hacer nada útil. (Volviendo el rostro a todas direcciones) ¡Pobre Juan! No solamente te deslomas y te sacrificas en el trabajo para que tus amos vivan en la holganza, sino que no satisfechos con la explotación de que te hacen víctima, tratan de arrebatarte la única dicha que tienes, tu único tesoro, que es mi cariño. Tú no sabes que Don Julián me persigue sin descanso. ¡Infames ricos!; no se conforman con chuparnos la sangre; no están satisfechos con destruir nuestra salud con sus trabajos de presidio; quieren también nuestro corazón. ¡Infames, infames!

Don Julián

(Sale de su escondite y se aproxima a Marta) Buenos Días, Marta.

Marta

(Sin volver el rostro hacia él) Buenos Días.

Don Julián

(Tratando de estrecharla por la cintura) ¡Qué linda estás! (Marta lo rechaza) ¿Por qué rechazas mi cariño?

Marta

Porque amo a Juan.

Don Julián

Juan es un pelado, mientras yo soy rico.

Marta

Por eso amo a Juan, y a usted le odio. (Con energía) ¡Retírese!

Don Julián

Vamos, calma chiquilla que no sabes lo que haces. Sábelo: cientos de mujeres se sentirían felices con sólo que les dirigiera la palabra. Yo soy tan poderoso que puedo obligarte a que me entregues tu corazón. No me rechaces, porque el amor que hoy me niegas con tanto orgullo tendrás que venir a ofrecérmelo mañana de rodillas, y yo lo rechazaré entonces con la punta de mi bota.

Marta

(Dando muestra de terrible agitación) ¡Imposible! ¡Eso, nunca! ¡Primero muerta que humillada! ¡Retírese usted!

Don Julián

¿No te das cuenta de mi poder? Pues bien, sábelo: yo puedo hacer que arresten a Juan. Yo tengo influencias con el gobierno, y tu marido puede ser reclutado como soldado. Con una palabra mía, el jefe político puede entregarlo a la acordada para que se le mate como un perro a la vuelta de un camino. Yo puedo...

Marta

(Interrumpiéndole con viveza) ¡No lo hará usted! ¡No lo hará usted! ¿Qué delito ha cometido Juan para merecer ser tratado de esa manera?

Don Julián

(Con dignidad) Yo soy aquí el amo, y puedo hacer lo que me plazca.

Marta

Nos quejaremos al gobierno.

Don Julián

¡Ja, ja, ja! ¡Los ricos somos el gobierno!

Marta

¡Retírese usted!

Don Julián

Ámame; yo necesito tu amor como el sediento necesita agua, como los pulmones necesitan aire. Decídete: o mía o de nadie. Decídete antes de que sea demasiado tarde. Recuerda lo que te he dicho: yo puedo mandar arrestar a Juan; puedo mandarlo a servir al ejército; puedo entregarlo a la acordada para que se le mate como a un perro; puedo...

Marta

(Interrumpiendo con viveza) ¡Imposible! ¡Imposible! ¿Qué mal ha hecho Juan a nadie?

Don Julián

No ha hecho mal a nadie; él es un buen trabajador, cumplido, laborioso, honrado; pero yo soy la fuerza y puedo disponer de su porvenir; de su tranquilidad, de su vida. Así pues, decídete en el acto.

Marta

¡Imposible! (Corre y desaparece por la izquierda)

Don Julián

(Viéndola correr) Está bien; dentro de poco tiempo sabrás cuán poderoso soy.
(Vase por la derecha) (Cambia la decoración)

ESCENA SEGUNDA

La decoración representa un campo de labranza.

Juan, Marta, Don Benito, Don Julián, un oficial y soldados

Juan

(Metido hasta la cintura en una zanja, remueve empeñosamente la tierra del fondo con una pala y la va acumulando en uno de los bordes) (Se enjuaga el sudor del rostro y dirige una mirada hacia el cénit) Ya se acerca el medio día y Marta no ha llegado con la comida. ¿Qué podrá haber sucedido? Ella nunca falta a las once, y ya pronto darán las doce. (A lo lejos suenan pausadamente doce campanadas) ¡Las doce y Marta no aparece! Esa tardanza me llena de inquietud, (Pausa) ¡Tan buena que es mi Marta...! Ella es mi dicha, ella es mi consuelo. (Pausa) Pero ¿Qué sucederá que Marta no viene? (Reanudando su tarea) El patrón quiere que este trabajo quede concluido hoy, y para concluirlo se necesitan tres días; pero hay que terminarlo hoy porque el amo podría multarme; me multaría si no lo acabase. (Enderezando el cuerpo y

oprimiéndose los riñones con la mano izquierda) ¡Estoy tan cansado...! ¡Qué gran desgracia es ser pobre! (Viendo hacia la derecha) ¡Aquí viene Marta! (Con asombro) Pero qué extraña me parece. (Sale de la zanja a recibirla)

Marta

(Aparece por la derecha con el pelo en desorden y se echa en brazos de su Juan) ¡Juan mío! ¡Mi Juan! (Sollozando) ¿Te he hecho esperar mucho?

Juan

(Alarmado) ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? ¿No somos felices con nuestro amor a pesar de nuestra miseria? (Acariciándola) Cálmate y cuéntame lo que haya ocurrido. (Se sientan en una piedra) Nunca te había visto así.

Marta

(Enjugándose las lagrimas) Somos desgraciados...

Juan

Sí, somos pobres; no contamos con bienes de fortuna; vivimos al día, pero nuestros corazones son dichosos; nuestro amor es un tesoro, y nosotros somos los dueños de él. ¿Quién podría arrebatarnos esa dicha?

Marta

El amo.

Juan

¿El amo? El amo podrá secarme en el trabajo dándome tareas de presidiario a cambio de unos cuantos centavos diarios, como lo está haciendo, como lo ha hecho siempre, como lo hizo con mi padre y con el padre de mi padre. Pero ¿cómo podría robar nuestra dicha de amarnos? En tanto que tú me ames, ¿qué puede hacer el amo?

Marta

(Abrazándose de Juan) Juan mío, mi pobre Juan, el amo quiere que yo sea suya; él me lo ha dicho muchas veces; él me lo acaba de decir y me ha amenazado con prenderte y mandarte al cuartel o aplicarte la ley de fuga si no le hago entrega de mi cuerpo. ¡Huyamos, Juan, huyamos de la hacienda!

Juan

(Sombrío) ¡Huir...! ¿Y dónde? ¿A otra hacienda? ¿A la ciudad? ¿Adónde iríamos que el amo no supiese?

Marta

Imploremos a un juez para que nos haga justicia... La ley nos ampara.

Juan

(Sombrío) ¡La ley! Mira, Marta mía, la ley es una cosa que no beneficia al pobre. En nombre de la ley se cobran las contribuciones al pobre; en nombre de la ley se obliga al pobre a prestar servicios gratuitos a la autoridad; en nombre de la ley se arranca al pobre del seno de su familia para hacerlo soldado, y si la familia abandonada de ese modo, roba o se prostituye para no perecer de hambre, en nombre de la ley se la castiga... ¡La ley ha sido hecha por los ricos para proteger a los ricos...!

Marta

(Mirando hacia la izquierda) (Con exaltación) Aquí viene el señor cura, él nos salvará.

Don Benito

(Entrando por la izquierda) El señor esté con vosotros, hijos míos. ¡Qué día tan caluroso!

Marta y Juan

(A una voz) Buenas tardes, señor cura (Con vehemencia) ¡Salvadnos, señor cura! (Se hincan)

Don Benito

¿Qué os salve? ¿Qué ocurre? Decídmelo, y con la ayuda de Dios todopoderoso yo os salvaré. (Los hace levantarse)

Marta

(Sollozando) Somos muy desgraciados.

Don Benito

Sí, sois pobres; pero la pobreza es una virtud: con ella abriréis las puertas del cielo.

Marta

No es de la pobreza de lo que nos quejamos, sino de la injusticia.

Don Benito

(Con unción) Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, que de ellos será el reino de los cielos.

Marta

El amo quiere obligarme a que le ame, y me amenaza con mandar a Juan a la cárcel o entregarlo a la acordada para que lo maten si no me rindo a sus caprichos.

Don Benito

(Fingiendo asombro) ¡Pero hijos míos, qué es lo que teméis! ¿Cómo os atrevéis a ofender a Dios nuestro señor con semejantes calumnias?

Marta

No mentimos: decimos la verdad.

Don Benito

Moriréis en pecado mortal si insistís en vuestra calumnia. Don Julián es un hombre honrado y muy piadoso. Él ha hecho más por la iglesia en mi parroquia que ningún otro hombre. Él se confiesa, y se comulga y oye la santa misa todos los días y es un hombre que, cuando muera, morirá en olor de santidad.

Marta

(Con energía) Lo que decimos a usted es la verdad.

Don Benito

Lo que pasa es que vosotros no vivís en el temor de Dios. Algún crimen habrá cometido Juan cuando el amo trata de entregarlo a la ley.

Marta y Juan

(Hablando el mismo tiempo y con viveza) No hemos cometido ningún crimen.

Don Benito

Eso es lo que vosotros decís; pero vuestra vida irregular me hace sospechar que algún crimen habréis cometido. Apuesto a que ni siquiera estáis casados por la ley. Todos vosotros hacéis lo mismo.

Juan

Señor cura; nosotros somos unos rústicos que lo ignoramos todo; pero creemos que para que un hombre y una mujer vivan tranquilos, amándose y ayudándose en la vida, no necesitan dar cuenta a nadie de su unión. Es lo mismo que cuando se hace un amigo; a nadie se da cuenta de ello, ni a la autoridad ni a la iglesia.

Don Benito

(Con orgullo) ¡Calla, blasfemo, que estas ofendiendo a Dios con tus palabras!
(Aparte) Así es toda esta gente: se une sin dar cuenta ni a la autoridad ni a la iglesia, ni a Dios ni al diablo. (A ellos) Estáis excomulgados. (Marta y Juan

horrorizados, se llevan la mano a las sienes) (Aparte) Si supieran los pobres diablos que yo no creo lo que digo. (A ellos) Dios, justamente ofendido por vuestras culpas, os castigará aquí, en la tierra, mientras llega el día de castigaros después de la muerte con las llamas del Infierno. (Aparte) Si no les meto miedo, son capaces de matar a don Julián y tal vez hasta a mí. (A ellos) Dios quiere probaros; quiere daros una oportunidad para que demostréis que le teméis y que acatáis su soberana voluntad. (Aparte) Tengo que defender a don Julián, para que esta canalla no se rebele contra el principio de autoridad. (A ellos) Debéis sufrir con paciencia todos los dolores de esta vida; debéis resignarnos a todos los sacrificios, que es Dios quien ordena sufrir para premiar en el más allá. Todos vuestros sufrimientos aquí abajo serán recompensados allá arriba por Dios misericordioso. Todo lo que os pase en la Tierra, es porque Dios lo ha ordenado allá, en el cielo. Así pues, sufrid en silencio y rogad a Dios que salve vuestras almas.

Juan

Perdone usted, señor cura: ¿se salvará el alma de don Julián?

Don Benito

(Indignado) ¡Calla blasfemo! Sólo Dios le toca juzgar a los hombres. (Aparte) Si permitiéramos a esta gente hacer uso de su razón, ¿adónde iríamos a parar don Julián y yo?

Marta

(Llamando la atención hacia la izquierda) (Con asombro) ¿Qué significa esa muchedumbre que se aproxima?

Juan

Son soldados; también veo a don Julián.

Marta

Juan, vienen a prenderte; huyamos....

Juan

(Con desaliento) ¡Huir...! ¿Y adonde puede ir el pobre esclavo para que no le alcancen los perros de su amo?

Marta

(Agitada) ¡Huyamos, huyamos! (dirigiéndose a don Benito) ¡Salvadnos, señor cura!

Don Benito

Calma, hijos míos, dejad que se cumpla la voluntad de Dios. Los ricos son los representantes de Dios sobre la tierra y hay que obedecerles. (Aparte) Si no predicase yo estas cosas, cualquier día se levantarían los pobres contra los ricos.

Don Julián

(Aparece por la izquierda al frente de un oficial y un pelotón de soldados)
(Señalando a Juan a los soldados) Este es Juan, el ladrón que se robó el novillo.
¡Prendedle!

Oficial

(Pistola en mano) (A Juan) ¡Ríndete! ¡No te muevas o mando a que te maten como un perro! (Dirigiéndose a los soldados) ¡Amarrad a este hombre! (Los soldados se aproximan y le atan las manos)

Juan

(Suplicante) No me perjudiquéis; soy inocente; soy un hombre honrado que vive de su trabajo; yo a nadie le he cogido nada; pongo de testigos a todos los peones de la hacienda; si algo he hecho durante toda mi vida, desde niño, ha sido trabajar; don Julián sabe bien que siempre he trabajado; ¡dejadme libre! Ved que tengo una esposa joven que necesita de mi apoyo. (Con desesperación) ¡Ah me vuelvo loco! (Los soldados tiran de él y se resiste) No me llevéis, ¡Dejadme, dejadme!

Oficial

(A los soldados) ¡Ea, obligadlo a marchar con vosotros al cuartel! (Juan se tira a tierra, resistiéndose) Hacedle marchar a culatazos (Los soldados arremeten contra el cuerpo caído a culatazos y puñetazos)

Marta

(Abrazándose a Juan) (Con desesperación) ¡Matadnos a los dos! (Los soldados golpean a ambos) (Jadeante) Los ricos... nos chupan la sangre... roban nuestra tranquilidad... nos matan... ¡infames, infames, infames! (Se desmayan)

Oficial

(A los soldados) Traed unas camillas para levantar a esos perros (Los soldados marchan apresuradamente hacia la izquierda)

Don Benito

(Aproximándose a Julián) ¡Sea por el amor de Dios! (Hablandole al oído) ¡Lo sé todo! Ahora es necesario que el pueblo no sé de cuenta de la verdadera causa de este atentado. Yo he podido notar en el pueblo una inquietud hasta hace poco desconocida. Por todas partes se están insurreccionando las peonadas

contra los hacendados. Los habitantes de esta hacienda han sido siempre muy pacíficos; pero de algún tiempo acá he notado signos inequívocos de que algo fermenta en el fondo de las masas trabajadoras. Una hoja infernal, un aborto del diablo con el nombre de “Regeneración” ha logrado introducirse a los jacales, burlando la estrecha vigilancia de las autoridades, y la gente está despertando más de lo que es necesario, con prejuicio de la iglesia y del sagrado principio de la autoridad. Yo me he esforzado en el púlpito por hacer volver a la gente a su sencilla ignorancia para que estén conformes con su condición; pero observo que mis palabras no tienen la influencia que tenía antes: un espíritu de rebeldía flota en el aire y rumores de revuelta circulan por doquier... (Con exaltación) Don Julián, yo presiento que el fin de nuestro imperio sobre la clase desheredada se acerca a pasos de gigante; un cataclismo social está por sobrevenir; la plebe se encabrita contra sus señores, y un nuevo orden social puede resultar de la inquietud, del descontento que agita a los proletarios...

Don Julián

(Colérico) ¡Esa canalla no se atreverá a atentar contra sus señores!

Don Benito

Confiado os mostráis, don Julián, y eso se debe a que no estáis en contacto con el pueblo; pero yo, que descubro en el confesionario los más íntimos pensamientos de esta gente, puedo deciros que se acerca una catástrofe formidable. Hasta hace poco tiempo la gente vivía en el temor de Dios, respetando a sus amos y al gobierno, y esperando su recompensa después de la muerte. Ahora, mucho me temo que quieran su recompensa en esta vida, y sólo Dios podrá salvar a la sociedad de las iras del pueblo (Con vehemencia) Don Julián, necesitamos impresionar a la gente con solemnes ejercicios religiosos; hay que pintar el infierno con terribles colores para someterlos, y para todo eso, la iglesia necesita dinero.

Don Julián

(Con fanfarronería) Por dinero no paréis; señor párroco, que yo os daré todo el que necesitéis, pues al fin y a la postre todo lo que se gaste en ello, saldrá de las cotillas de esos perros.

Don Benito

Entendido.

Telón

ACTO SEGUNDO

El interior de un jacal sin más mobiliario que toscos trozos de madera y piedras que sirven de asientos; un petate colocado el lado de un hogar apagado, compuesto de tres piedras sobre las que descansa una olla ahumada. De un rincón pende una cuna, a manera de hamaca, formada de un costal, y en la cuna descansa el cuerpo de un niño envuelto en trapos de dudoso color. La puerta por la derecha. De un rincón a otro pende un cordel que sostiene algunas piezas de ropa de manta de hombre y de mujer, puestas a secarse, pero lo suficientemente alto para no estorbar la vista de los personajes. En un rincón un baúl y, sobre éste, una cama enrollada en un petate.

ESCENA ÚNICA

Rosa y Marcos, después Ramón y Teresa; Peones Primero, Segundo, Tercero, Cuarto, Quinto; Hombres, Mujeres, Ancianos y Niños de la clase trabajadora; Don Benito, oficial y Soldados.

Rosa

(Haciendo oscilar la cuna por medio de una cuerda) No sé qué iremos hacer; cada día estamos más pobres, y el amo cada día se vuelve más exigente. Hoy me dijo el mayordomo, de parte del amo, que éste no permite que mis gallinas, se críen en terreno de la hacienda, y que tengo que comérmelas o venderlas al corral del amo, y ya sabes lo que eso significa: que regale mis animalitos.

Marcos

(Rascándose la cabeza) No sé que iremos a hacer. El administrador me dijo que esta mañana que ya debo a la hacienda doscientos treinta pesos, porque los ciento sesenta y cinco que debía mi difunto padre me los han cargado a mí. En cuanto a que vendamos las gallinas a la hacienda, bien se ve que no

obtendremos un solo centavo, pues su precio, calculado muy bajo por el amo, será restado de mi deuda (Escupe con rabia y grita) Rosa, esto es ya insoportable y tanta injusticia tiene que terminar.

Rosa

(Con convicción) Sí, tiene que terminar. (Llaman a la puerta) ¿Quién es?

Ramón

(Desde afuera) Somos Teresa y yo. ¡Abrid pronto! (Abre Marcos la puerta y entra Ramón y Teresa dando muestras de gran agitación)

Teresa

¿Sabéis lo que ha ocurrido esta tarde?

Marcos y Rosa

(Hablando a la vez) ¿Qué?

Teresa

El amo ha mandado prender a Juan.

Marcos

(Admirado) ¿Ha mandado el amo prender a Juan?

Rosa

(Admirada) ¡Pero si Juan es quizá el hombre más bueno de la comarca!

Ramón

Sí, el amo ha mandado a prender a Juan. El amo pretende hacerse amar de Marta. Marta rechaza los requiebros del amo. El amo ve que el obstáculo es Juan, por quien Marta siente profundo amor, y para deshacerse de Juan ha mandado prenderle, acusándole del robo de un novillo. Juan ha sido llevado al cuartel de la ciudad, donde se le hará sentar plaza de soldado

Rosa

(Indignada) Esto es más de lo que se puede soportar.

Marcos

(Airado) Tanta infamia reclama un pronto fin.

Ramón

Amigos míos, hay que hacer algo; no tardarán en llegar algunos vecinos de la hacienda que desean que tú, Marcos, que sabes escribir con tanta buena letra y que has leído tantos libros y tantos periódicos, hagas por ellos un ocurso llamando la atención sobre las injusticias de que somos víctimas, para que ponga el remedio.

Marcos

¿Un ocurso al gobierno?

Ramón

Sí, en él pondrás que nos encontramos todos en la miseria; que necesitamos tierra para sembrar por nuestra cuenta; que nos libre de las deudas que tenemos con la hacienda; que....

Marcos

¡Basta! Yo no me presto a hacer peticiones de esa naturaleza.

Rosa

Muy bien Marcos; ya no es tiempo de pedir, sino de tomar. (Se escucha afuera un murmullo de voces)

Ramón

Ya vienen los vecinos.

Rosa

Abramos la puerta (Marcos abre la puerta; entran unas treinta personas, hombres, mujeres, ancianos y niños, todos pertenecientes a la clase trabajadora del campo)

Primer Peón

(Entrando) Buenas noches.

Rosa, Marcos, Ramón, Teresa

(A una voz) Buenas noches

Primer Peón

Venimos a darte una molestia, Marcos. Tú, que sabes escribir tan bien, vas a escribir una solicitud al gobierno para....

Segundo Peón

(Interrumpiendo) ¿Ya sabes lo que le pasó a Juan esta...?

Tercer Peón

(Interrumpiendo) No olvides decir, Marcos, que necesitamos tierra para cultivar nuestra....

Cuarto Peón

(Interrumpiendo) Así como agua para regar nuestras....

Quinto Peón

(Interrumpiendo) Y que se acabe la leva, Marcos; y no se te olvide decir que queremos que se nos perdonen las deudas que tenemos con la hacienda.

Marcos

(Con impaciencia) ¡Basta! Sois chiquillos, ¡tan inocentes como unos chiquillos! Para vosotros no ha corrido el tiempo. Pensáis y obráis como pensaron y obraron vuestros padres hace cien años, como pensaron y obraron vuestros antepasados hace quinientos, hace mil años. Queréis que el gobierno os libre de la tiranía y os salve de la miseria... ¡Inocentes! ¿Cuándo se ha visto que el gobierno de pan al hambriento y libertad al esclavo? (Pausa) (Nervioso va y

viene a lo largo del jacal; los circunstantes se miran asombrados y se cuchichean palabras al oído; se detiene y prosigue) No necesito decírselo; los hechos hablan: ¡todo gobierno es malo para los pobres!

Primer Peón

(Convencido) Lo que dice Marcos es la mera verdad, y....

Segundo Peón

(Interrumpiéndole) Mis padres fueron tan desgraciados como yo, no obstante que vivieron bajo gobierno, y....

Tercer Peón

(Interrumpiéndole) Pues mis abuelos me decían que en su larga vida nunca vieron que el gobierno protegiera al pobre, y....

Cuarto Peón

(Interrumpiéndole) Pues la verdad es que no me acuerdo haber visto alguna vez que el gobierno haya protegido al débil, ni....

Quinto Peón

(Interrumpiéndole) Mi padre murió en el presidio; mi hermano, en el cuartel...

Marcos

¿Y con toda esa experiencia esperáis todavía justicia del gobierno? ¡Abrid los ojos! Lo que necesitamos los pobres es hacernos justicia con nuestras propias manos. ¡Rebelémonos! (Todos excepto Marcos y Rosa) (Santiguándose) ¡Ave María Purísima!

Marcos

(Indignado) ¿Tenéis miedo? Pues bien, agachad las orejas y permaneced encorvados bajo el peso de vuestra vergüenza. Si no os doléis de vosotros mismos, al menos no añadáis una afrenta nueva a la que ya tenéis encima, que afrenta sería pedir justicia a nuestros verdugos cuando la dignidad nos grita que debemos arrancarla por la fuerza de las manos de nuestros opresores. ¡Dejadme en paz! ¡Marchaos! (Con vehemencia) ¡Siento que la tierra se estremece de indignación bajo vuestras pisadas de rebaño! (Todos permanecen en sus respectivos sitios; los más se rascan la cabeza, consternados) ¡Marchaos! Volved al surco a empapararlo con vuestro sudor para que vuestros tiranos se aprovechen de las cosechas; id a recibir, como premio a vuestra mansedumbre, el estupro de vuestras hijas por los amos, y el cuartel, la ley fuga o el presidio para vosotros. ¡Eso es lo que se merece el que no se levanta airado a cerrarle el paso al crimen! ¿Pedís? (Con desprecio) Pues bien, aceptad entonces lo que os den: la esclavitud, la deshonra y la muerte.

Ramón

(Reposado) No tenemos miedo, Marcos. ¿No es la muerte mil veces más dulce que los tormentos que sufrimos los pobres? No tenemos miedo a morir; pero ¿qué ganamos con rebelarnos? Si supiéramos que con rebelarnos nuestros hijos tendrían asegurado el pan y afianzada su libertad, no vacilaríamos en hacerlo; pero no sucede así. Hemos tenido muchas revoluciones y ¿qué es lo que siempre ha sucedido? Cae un mal gobierno para establecerse otro tan malo como el que cayó. El pobre queda siempre pobre.

Marcos

El pobre queda siempre pobre porque, al levantarse en armas, el pobre espera que un nuevo gobierno haga su felicidad. El gobierno no libraré nunca de la miseria al pobre, porque no es esa su misión. La misión del gobierno, de cualquier gobierno, de todo gobierno, es proteger los intereses de los ricos, intereses que solamente pueden prosperar mediante el sacrificio del pobre. Si el pobre trabajara solamente para sí mismo y para su familia, ¿qué comería el

rico? ¿De dónde sacaría entonces el poderoso el lujo que ostenta? Para que el rico goce, es preciso que el pobre sufra. Así pues, lo que se necesita es que ya no haya ricos, que todos seamos iguales, y para conseguir eso no hay más que un medio: arrebatarse de las manos de los ricos la tierra, las casas, las maquinas, todo lo que existe, y hacer de todo ello la propiedad de todos. De esa manera ya no necesitaríamos alquilar nuestros brazos a ningún amo, y todo lo que produzcamos los trabajadores será para los trabajadores, y el bienestar de que disfrutaran los ricos ahora será disfrutado por los trabajadores.

Rosa

(Con convicción) Esa ha sido nuestra falta: que nos hemos levantado en armas para derribar un gobierno y poner otro en su lugar, en vez de levantarnos para arrebatarse la riqueza de las manos de los ricos. (Llama a la puerta; todos se miran asombrados)

Marcos

¿Quién es?

Don Benito

(Desde afuera) Abrid, hijos míos. (Todos, con excepción de Marcos y Rosa) (A una voz) ¡El señor cura! (Rosa se apresura a abrir la puerta)

Don Benito

(Entra haciendo caravanas a derecha e izquierda) (Con unción) Buenas noches, hijos míos. (Todos, con excepción de Marcos y Rosa) (Arrodillándose) (A una voz) ¡Buenas noches, señor cura!

Don Benito

(Aparte) Estos condenados de Rosa y Marcos son unos herejes. (A todos) Levantaos, hijos míos, y que Dios os bendiga. ¿Os divertís? ¿Celebráis alguna fiesta? (Aparte) ¿Cómo justificaré mi presencia en este lugar y a esta hora? Voy

a decir una mentirijilla cualquiera a estos brutos. (A todos) Pasaba camino del curato cuando me sorprendió ver luz a través de las rendijas de la puerta. Algún enfermo, me dije, y me atreví a llamar a la puerta. (Con hipocresía) ¡Es tan dulce consolar al que sufre....!

Marcos

No se celebra aquí ninguna fiesta ni nadie se encuentra enfermo. En cuanto a los que sufren... ¡somos todos nosotros!

Don Benito

(Con unción) Bienaventurados los que sufren en la Tierra, que de ellos será el reino de los cielos.

Rosa

(Con sorna) Y los que son felices en la tierra, ¿pueden entrar también en el reino de los cielos?

Don Benito

¡Naturalmente, hija mía, naturalmente si son buenos cristianos!

Rosa

Entonces, bueno sería que todos gozarán aquí, en la Tierra, y en el reino de los cielos. Al menos eso sería lo justo. Un Dios verdaderamente justo se preocuparía porque todos fuéramos felices, como un buen padre de familia se preocupa por la felicidad de todos sus hijos.

Don Benito

Nadie puede juzgar las obras de Dios. (Aparte) ¡Carambas, cómo ha despertado esta gentuza! (A Rosa) La sabiduría divina quiere que haya pobres

y ricos, para probar quienes son los buenos que soportan, con mansedumbre, su pobreza, y merecen, por lo mismo, entrar al reino de los cielos, y quiénes son los díscolos, para quienes existen las llamas del infierno. (Todos, con excepción de Marcos y Rosa, se miran azorados y hacen la señal de la cruz) (Aparte) Hay que atemorizar a la plebe pintándola infiernos y demonios, porque, de lo contrario, ¡pobres de nosotros los representantes de Dios: tendríamos que trabajar para comer! (A todos) ¿A qué se debe, hijos míos, esta reunión?

Ramón

Señor cura: hemos venido a pedirle a Marcos que nos escriba una solicitud para el gobierno pidiéndole justicia.

Don Benito

(Fingiendo asombro) ¡Justicia! ¿Pues qué os pasa?

Ramón

Han aprehendido a Juan, acumulándole el robo de un novillo. Juan es el hombre más honrado de la hacienda: cumplido, trabajador, buen vecino. Es un hombre incapaz de cometer un delito...

Rosa

(Interrumpiéndole) (Con desprecio) ¡Di la verdad, Ramón: le han prendido porque Marta es bonita y él es un estorbo para que el amo la haga suya!

Marcos

La misma historia de siempre: hemos de sudar para el amo y hemos de tener mujer para el amo. (Escupe con rabia)

Don Benito

(Fingiendo asombro) ¿Pero es posible eso?

Primer peón

¿No recuerda usted, señor cura, que a Melquíades, el vaquero, lo mató la Acordada porque se opuso a que el amo le deshonrara la hija?

Segundo peón

¿Y quién ha olvidado que Santiago, el carrero, se pudre en la cárcel tan sólo porque le hizo ver al amo que la manta que nos vende en la tienda, además de mala, es cara?

Tercer peón

Pero sin ir mas lejos, ¿cuantos días hace que Gregorio, el guadañero, fue enviado de recluta al cuartel, tan sólo porque no faltó quien le diera aviso al amo de que él andaba diciendo que se nos hace trabajar como machos y se nos da de comer como a perros?

Cuarto peón

¡Queremos Justicia!

Quinto peón

¡Queremos tierra para trabajar por nuestra cuenta!

Don Benito

(Aparte) Tierra para trabajar por cuenta de ellos, y entonces ¿quién trabajará para el amo, para el gobierno y para mí? (A todos) Hijos míos: Dios, grande y misericordioso, os puso en la tierra para ver si erais fuertes para soportar todas las miserias de este valle de lágrimas y llevaros después a su seno. Mientras más sufráis, aquí, más posibilidades tendréis de subir al cielo. (Aparte) Ganas me dan de reír con tanta mentira: ¡si supieran estos idiotas que no hay cielo, querrían gozar aquí, y entonces los arruinados seríamos los que

no sabemos trabajar! (A todos) No ambicionéis los bienes de esta Tierra. El amo, los ricos todos, son los administradores de la riqueza en beneficio vuestro. ¿Qué haríais sin los ricos? ¿Quién os pagaría vuestros salarios? (Con énfasis) ¡Os moriríais de hambre!

Marcos

(Con enfado) ¡Se morirán de hambre solamente los que no quisieran trabajar!

Don Benito

(Colérico) ¿Qué es lo que dices, insensato?

Marcos

(Con firmeza) Lo que oyes, ¡impostor!

Don Benito

(Temblando de ira) ¡Estás excomulgado! ¡El infierno re espera! (Aparte) A éste hay que hacerlo desaparecer.

Marcos

¿El infierno? ¿Habrá infierno peor que el que sufre el pobre? Si hubiera un infierno, él estaría repleto, no de miserables como yo, sino de bribones como tú, que atan con el miedo la mano del pobre para que no la levante contra sus verdugos.

Don Benito

(Disimulando su cólera) Dios me dice que tenga yo piedad con los pecadores. Así es que yo te perdono, Marcos. (Aparte) Perdonarlo, ¡un demonio! Ya verá lo que se le espera. (A todos) Hijos míos, ya es muy tarde y tengo que retirarme a mi lecho. (Consultando su reloj) ¡Ave María purísima!: son las diez de la noche (Aparte) En cinco minutos me pongo al habla con el oficial del destacamento, y a ver si no se ablanda el tal Marcos. (A todos) Quedad con Dios, hijos míos. Buenas noches. (Nadie le saluda; se dirige a la puerta)

(Aparte) La gente ya no teme a Dios; ¡El reinado de la injusticia está por desplomarse! (Sale)

Rosa

(Abrazando efusivamente a Marcos) Marcos mío, ¡qué orgullosos estoy de ti!

Marcos

(Radiante) ¡Mueran los ricos!

Todos

(A una voz) ¡Mueran! (Se acercan a Marcos y le abrazan)

Marcos

¡A las armas, hermanos, a tomar lo que nos pertenece! ¡Viva la Revolución Social!

Todos

(A una voz) ¡Viva!

Oficial

(Desde afuera, dando golpes con el pomo de la espada) (Con voz de trueno) ¡Abrid la puerta en nombre de la justicia!

Marcos

(Indignado) ¡El fraile nos ha delatado!

Oficial

(Desde afuera) (Con voz de trueno) ¡Abrid en nombre de la justicia, o echo abajo esta puerta! (Da repetidos golpes con el pomo de la espada) ¡Soldados:

echad abajo la puerta abajo a culatazos...! (Se escucha el estrépito de los culatazos y gritos de ¡Mueran bandidos! ¡Viva el supremo gobierno!)

Marcos

Compañeros: si alguna víctima tiene que haber, ¡que sea yo esa víctima! Me echaré toda la responsabilidad.

Rosa

(Con vehemencia) ¡Y yo también! (Se coloca al lado de Marcos) (La puerta cae, y entran precipitadamente el oficial y diez soldados apuntando con sus fusiles)

Oficial

(Con voz de trueno) ¡Rendíos, bandidos! Aquí se conspira contra la ley y el orden. (Aparte) De esta acción el gobierno me hace coronel. (Se adelanta hacia Marcos y, poniéndole la punta de la espada en el pecho, le grita) ¡Ríndete, pelado!

Marcos

(Aparta rápidamente la espada de su pecho, al mismo que saca un puñal que lleva oculto debajo de la camisa y asesta una puñalada al oficial en el corazón) (Con energía) ¡Toma! (El oficial cae muerto a sus pies: los soldados, asombrados descasan las armas) En nombre de la ley venías a prenderme; pues bien, ¡en nombre de la justicia me defiendo! (A los soldados con tono solemne) Ha muerto vuestro verdugo: ¿os atreveréis a prender a vuestros hermanos? (Se da un golpe con el puño en el pecho) Vosotros sois pobres como nosotros, y al apoyar con vuestros fusiles al gobierno, apoyáis al que nos hace desgraciados a nosotros y a vosotros mismos. Vuestras familias están en la miseria, sufren de hambre, desnudez y opresión, y vosotros, con vuestros fusiles, sostenéis a los que causan el sufrimiento de los vuestros, de la carne de vuestra carne, y sangre de vuestra sangre. (Con vehemencia) El soldado es el verdugo de sus propios padres, hermanos e hijos. Acordaos que sois hombres y unidos a nosotros para derribar la opresión la maldita trilogía que hace desgraciado al ser humano: ¡El burgués, el clérigo y el gobernante!

Soldados

(A una voz) ¡Viva la revolución!

Todos

(A una voz) ¡Viva! (Se abrazan soldados y paisanos)

Marcos

Compañeros: no hay que perder el tiempo. La hora de la libertad de los esclavos ha sonado. Que cada quien llame de puerta en puerta anunciando la buena nueva para que se nos unan todos los que tengan corazón, y en seguida a rescatar a Juan y a María, y a tomar, por último, posesión de la hacienda para el beneficio de los trabajadores ¡Adelante! (Se dirige a la puerta y sale acompañado de Rosa que ha tomado al niño de la cuna)

Todos

(Dirigiéndose a la puerta y saliendo) (A una voz) ¡Mueran los ricos! ¡Mueran los frailes! ¡Mueran los gobiernos! ¡Viva Tierra y Libertad!

Telón

ACTO TERCERO

La decoración representa dos calabozos, separados por una pared que divide en dos partes el escenario. Un petate y un jarro en cada uno de los calabozos.

ESCENA ÚNICA

**Juan, Marta, Don Benito, Carcelero, Marcos, Rosa, Ramón, Teresa,
Campesinos de Ambos sexos y distintas edades**

Marta

(En el calabozo de la derecha; sentada en el petate) (Suspirando) ¿Dónde estará Juan? (Pausa) ¿Lo habrá matado la Acordada? (Se levanta presa de gran excitación) ¡Asesinos! ¡Malvados! ¡Infames! (Se retuerce los brazos con desesperación, y se tira al fin en el petate, escondiendo el rostro entre las manos)

Juan

(Pasea por su calabozo; se detiene) ¿Qué habrá sido de mi Marta? ¿Se habrá rendido a los apetitos del amo? (Con desesperación) ¡Ah, me vuelvo loco! (Se pasea)

Marta

(Incorporándose) ¡Si siquiera me fuera concedido el ver a mi Juan por última vez...! (Solloza) (Permanece sentada con la cara sobre las rodillas)

Juan

(Se detiene) (Llevándose las manos a la cabeza) ¡Mi cabeza va a estallar! (Se arroja sobre el petate y permanece inmóvil, recostado)

Marta

(Alarga la mano al jarro y bebe; coloca el jarro en su lugar) (Con amargura) ¡Cuán desgraciados somos los pobres! ¡No somos ni dueños de nuestros cuerpos! (Ruido de cerrojos procede de la puerta; se tira sobre el petate y finge estar dormida)

Carcelero

(Abre la puerta y aparece blandiendo un garrote en la mano, sujetado por una correa; se acerca a Marta) (Con voz imperiosa) ¿Duermes? (Marta no se mueve; la agita con la punta del garrote) ¡Despierta, marrana!

Marta

(Quejándose) ¡Ay, sufro mucho!

Carcelero

Eso te enseñará a respetar a tus amos. ¡Imbécil!

Marta

(Incorporándose) Yo respeto a todos; pero el amo no me respeta a mí.

Carcelero

(Irritado) ¿Y quién eres tú para que el amo te respete? ¡Una pelada!

Marta

(Con firmeza) Soy un ser humano; soy una mujer. ¿Qué sentiría usted si en mi lugar estuviera la madre que lo trajo en el seno?

Carcelero

(Con impaciencia) ¡Ea, basta de filosofías! Lo que debes hacer es acceder a lo que el amo te pida.

Marta

¿Sería usted capaz de entregar a las caricias del amo la mujer que usted amase?

Carcelero

(Irritado) ¡Basta! No vengo a que te confieses, ¿lo oyes? Hace dos horas que se llevaron al bruto de tu marido, atado codo con codo, a la ciudad... y ya lo sabes, por el camino... (Tose) por el camino... (Tose y sonríe burlesco) por el camino le atacará la sed... y como a los empleados del gobierno se nos parte el corazón al ver sufrir al prójimo... pues, le darán su «aguas» ¡ja, ja, ja!

Marta

(Se pone en pie horrorizada) (Grita) ¡Es una infamia! ¡Eso no puede ser así! ¡Traedme a mi Juan o matadme a mí con él!

Carcelero

(Palmeándole la espalda) (Paternal) Calma, chiquilla, calma. Aun es tiempo de que te devuelvan a tu Juan. Se puede ordenar por teléfono a los lugares por donde va a pasar con la escolta, que lo regresen, y lo volverás a tener contigo

(Palmeándole la espalda con zalamería) ¡Tontuela! En tus manos está la vida de Juan. Entrégate al amo.

Marta

(Se aparta asqueada del carcelero) (Con resolución) ¡Eso nunca! ¡Primero muerta que ofender a Juan! ¡Ah, Juan mío, estoy segura de que preferirías morir, mejor que verme en los brazos del amo! (Llevándose ambas manos a las sienes) ¡Cuánto sufro! (Se tira sobre el petate)

Carcelero

(Encogiéndose de hombros) Bueno, ya lo sabes. De ti depende ahora. (Escupe con desprecio y sale; se oyen ruidos de cerrojos)

Juan

(Incorporándose) Si siquiera supiera yo cómo está Marta... ¡Pobrecita! ¡Qué gran corazón el suyo! ¡Compartir los golpes con migo...! (Se pone de pie y reanuda sus paseos) (Palpándose el cuerpo) ¡Cuánto me duele el cuerpo a pesar de lo acostumbrado que estoy al maltrato desde niño! ¿Cuánto no sufriré ella? ¡Infames! ¡Cobardes! (Se escucha ruido de cerrojos; reanuda sus paseos)

Carcelero

(Abre la puerta y aparece blandiendo en la mano un garrote sujetado por la correa. Juan continúa sus paseos sin fijar su atención al visitante. El carcelero le da un terrible garrotazo por la espalda, que lo tiende boca abajo: enseguida lo hace levantarse a puntapiés) ¡Levántate, perro!

Juan

(Levantándose y cayendo alternativamente por los puntapiés) (Quejumbroso) No me pe...gue su merced. Estoy....ren...di...do (logra ponerse en pie) No le pegue usted a un hombre indefenso. Mire que soy un hombre inofensivo.

Carcelero

(Con sarcasmo) Sí, muy inofensivo, tan inofensivo el angelito que si se le dejara aletear acabaría por comerse todos los novillos del amo.

Juan

(Con desesperación) ¡Soy inocente!

Carcelero

(Irritado) ¿Inocente dices? (Con desprecio) ¡Bah, ningún inocente cae en las manos de la justicia! Mira al amo, al señor cura, a todos los hombres de bien, a los empleados del gobierno, ¿cuándo pone la ley la mano sobre ellos? (Con énfasis) ¡La espada de la justicia no cae sobre los hombres honrados! (Con petulancia) ¡Mírame a mí!

Juan

(Con desesperación) ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Mi crimen es estar unido a una mujer bonita!

Carcelero

(Con desprecio) Tu mujer, ¡Bah, una perdida!

Juan

(Jadeante) ¿Qué dice usted de mi Marta?

Carcelero

(Con sorna) ¡Y se atreve el Juan Lanas a llamarla (subrayando) su Mar-ta! ¿Sabes lo que ésta haciendo (Subrayando) tu Mar-ta mientras tú, ¡idiota! Te encuentras aquí?

Juan

(Con desesperación) ¿Qué? ¿Qué? ¡Hable usted, por favor, que me vuelvo loco!

Carcelero

(Con sorna) Se está divirtiendo con los soldados.... ¡Ja, ja, ja!

Juan

(Llevándose las manos a las sienes y bamboleándose como un borracho) (Con amargura) ¿Qué es lo que oigo? ¡Ah, me siento morir! ¡Mi corazón llora sangre! (Solloza convulsivamente)

Carcelero

(Sonriendo aparte) Parece que traga el anzuelo (Frotándose las manos con satisfacción) Si gano a Marta para el amo, me harán jefe político (A Juan, palmeándole compasivamente la espalda) No llores, tonto, no te aflijas. ¡Hay tantas mujeres en el mundo! Abandona a Marta, que no merece que te sacrifiques por ella. (Se escucha de la parte de afuera algazara de gente ebria, risas de hombres y mujeres; después, varias voces cantan: «Estando, estando amarrando un gallo, se me re, se me reventó el cordón» interrumpiendo la canción explosiones de risas, alaridos y gritos destemplados. Cesa el ruido) ¿Oyes? Allí esta Marta (Aparte sonriendo y frotándose las manos con satisfacción) Me harán Jefe político, me harán gobernador.

Juan

(Suplicante) ¡Ah, déjeme usted solo, por favor! ¡Soy muy desgraciado! He perdido mi tesoro, ¡el amor de Marta! (Sollozando)

Carcelero

(Compasivo, palmeándole la espalda) No te aflijas, Juan (Aparte) ¿Quién pudiera asegurar que nunca llegaré a ser el Presidente de la república? Primero, jefe político; después gobernador; de allí, al senado, al ministerio, y, por fin, me veré ocupando la Silla presidencial. ¿Quién me toserá entonces? Gobernaré con mano de hierro. (Exaltado) ¡Sí, mano de hierro necesita la plebe para que no se abalance sobre las personas honradas! ¡Malditos pelados! ¿Qué sería de los bienes de los ricos si no hubiera autoridad? (A Juan) No te aflijas. Mira: estás hablando con un hombre honrado y de buen corazón, que te va a dar un consejo para tu bien: abandona a Marta.

Juan

¡Ah, me siento desfallecer! (Se arroja sobre el petate y queda inmóvil)

Carcelero

Piénsalo bien, Juan. (Dirigiéndose a la puerta. Aparte) ¡La va a abandonar! ¡Mi carrera política está asegurada! (Sale, cerrando tras de sí la puerta, se oye ruido de cerrojos)

Marta

(Incorporándose) Si me muriera, ¡qué felicidad! (Se oye ruido de cerrojos)

Carcelero

(Se abre la puerta y aparece el carcelero seguido de don Benito) (Mostrándola a Don Benito) Está despierta. Me retiro, señor cura, para que pueda usted entregarse en paz a las sagradas funciones de su ministerio. (Se inclina; le besa la mano y sale)

Don Benito

(Acercándose a Marta) (Paternal) Buenas noches, hija mía.

Marta

(Con tristeza) Buenas noches señor cura.

Don Benito

(Con hipocresía) Comprendiendo que sufres, vengo a consolarte. (Poniendo en alto los ojos) Dios misericordioso, apiádate de tus ovejas; pasa tu mano divina por el corazón de los tristes, para que en ellos renazca la esperanza. Ilumíname para que pueda dar consuelo a esta desgraciada. (Posa las manos con dulzura en la cabeza inclinada de Marta)

Marta

(Con amargura) ¡Cuánto sufro!

Don Benito

(Aparte, sonriendo) Tanto mejor; con más facilidad conseguiré mi objeto. (A ella) Resígnate, hija mía, a saber lo peor.

Marta

(Poniéndole en pie precipitadamente) (Jadeante) ¿Es que ya mataron a Juan?

Don Benito

(Acariciándole las mejillas) No, no quiero decir eso. Simplemente que es bueno que estés preparada para lo peor. El delito de Juan es grave, gravísimo. Ha ofendido grandemente a Dios, que en su sabiduría divina ordenó; ¡No hurtaras!

Marta

(Con desesperación) ¡Juan es inocente! ¡Juan es inocente!

Don Benito

(Con convicción) Juan es culpable, hija mía. Su crimen es de los que Dios nuestro señor castiga con las eternas llamas del infierno, y el gobierno de la Tierra con la pena de muerte. Juan va a morir...

Marta

(Interrumpiéndole con viveza) ¡Señor! ¡Señor: daría mi vida con tal de salvar a Juan! (Cae de rodillas; se abraza a las piernas de don Benito y solloza convulsivamente)

Don Benito

(Con sonrisa de triunfo) (Aparte) ¡Veo un obispado en perspectiva! (A ella) Juan fue entregado ya a la acordada, y a estas horas debe estar ya a punto de sufrir de la ley humana para ir a recibir después el castigo de Dios, que es todo misericordia. (Sonriendo, aparte) ¡Valiente misericordia esa de achicharrarlo a uno por toda una eternidad! ¡Por fortuna estos idiotas no razonan! (A ella) Resígnate y reza por su alma.

Marta

(Levantando los brazos hacia don Benito) (Con desesperación) Sálveme usted a mi Juan, señor cura, sálvemelo usted, ¡Ah, me muero de angustia! ¿Qué haré para salvarlo? ¿Qué haré? (Permanece de rodillas, sollozando, con el rostro escondido entre las manos)

Don Benito

(Aparte) Este es el momento, Benito; aprovéchalo o adiós mitra (A ella) Pídele perdón al amo y... (Pausa)

Marta

(Levantando la cabeza) (Viveza) ¿Y qué?

Don Benito

(Lentamente) Y si te acaricia, acarícialo también.

Marta

(Levantándose indignada) ¡Eso, nunca! ¡Eso nunca! (Se retuerce los brazos presa de grande agitación)

Don Benito

Entonces, ¡Sobre tu cabeza pesará el cadáver de Juan y el remordimiento roerá tu corazón hasta la muerte! En estos momentos Juan marcha en medio de la escolta. ¡Imagínatelo! ¡Imagínatelo! Sus custodios van a caballo, alegres como quien va a un paseo. ¡Como que van cumpliendo con su deber de velar por los intereses sagrados de la sociedad! Él, a pie, los codos atados, rendido de fatiga, pensado en ti.... (Exaltándose) ¡Pensando en ti, en la egoísta que no es capaz de sacrificarse por salvarlo de la muerte! (Insinuoso) ¿Lo ves? ¡Cuán grande es su fatiga!; retarda el paso; ya no puede caminar más; de su rostro brota el sudor copiosamente... ¡Con la punta del sable le atizan los riñones, y aviva el paso! ¿Lo ves? ¿Lo ves? En su mente lleva una imagen; ¡eres tú, a quien adora! (Marta solloza convulsivamente) Ya casi no puede dar un paso. ¿Lo ves? Acaba de caer y a sablazos lo hacen levantarse. “¡Oh, Marta, Marta, sálvame!,” grita en su dolor. No puede más; se tira al suelo... y una bala pone fin a sus torturas....

Marta

(Con desesperación) ¡Ah, soy del amo! ¡Me entregare al amo! ¡Que me devuelva a mi Juan! (Se tira sollozando sobre el petate)

Don Benito

(Aparte, sonriendo y frotándose las manos) ¡Me he ganado la mitra! ¡Seré obispo! ¡Bendito sea Dios! ¡Aleluya! ¡Aleluya! (A ella) Corro a dar la noticia al amo, para que por teléfono se avise a la autoridad que devuelvan a Juan ¡Dios quiera que no sea demasiado tardío tu sacrificio! (Aparte sonriendo) ¡Si supiera la estúpida que no la separa de Juan más que esta pared! (Tocándose la frente con la punta del índice) ¡Para ingenio, sólo un ministro del Señor! (Dirigiéndose a la puerta) Ahora, voy a ver qué se huele por la casa de Marcos (Sale)

Carcelero

(Asomando la cabeza) (Adelante) Parece que duerme. Ya daré mi vuelta. (Se retira haciendo sonar el cerrojo)

Juan

(Incorporándose) ¡Qué dulce sería morir!

Marta

(Incorporándose) ¿Cuándo romperá el esclavo sus cadenas?

Juan

¡Siento que no sobreviviré a mi dolor! (Se deja caer sobre el petate)

Marta

Si fueran veneno mis caricias, con qué gusto se las prodigaría al amo... (Se deja caer sobre el petate) (Rumor de cerrojo en la puerta)

Don Julián

(Entra y cierra la puerta tras de sí) (Aparte) ¿Será verdad lo que me dice el curilla? (A ella) Buenas noches, Marta. (Marta no contesta) Debe estar dormida la piojosa. (Se acerca a ella, se sienta en el petate y la rodea el talle con el brazo) (Con fingida dulzura) Despierta, amor mío, despierta, que aquí está el que daría toda su fortuna por tu amor. Ya di orden a la autoridad de que pongan libre a ese testarudo de Juan. ¿Qué otra prueba quieres de mi amor?

Marta

(Incorporándose) (Suplicante) Tenga usted compasión de mí, no añada usted el aguijón de su burla a mi inmenso dolor. Usted no siente amor por mí. (Con energía) Usted siente el apetito de las bestias: ¡Sácialo, monstruo! El amor no puede residir en tu corazón, ¿o es que hay perfume en el lodo? (Como soñando) El amor es la sonrisa de la vida; el amor es luz que baña el corazón con claridades de aurora. (Exaltándose) El apetito trepa por los senderos tortuosos del crimen para conseguir su objeto; el amor no se arrastra: (Se deja caer sobre el petate)

Don Julián

(Enardecido) Como quiera que sea, vas a ser mía. Que me arrastro... Si fueras de mi clase, no me arrastraría; ¡pero eres tan baja, que por fuerza tengo que arrastrarme!

Marta

(Incorporándose) (Con viveza) Abusa de tu fuerza, tirano, mientras suena la hora de la venganza (Con desesperación) ¡Soy tuya! ¡Devórame! (Se deja caer sobre el petate; don Julián la abraza y la besa con ardor; pero al mismo tiempo se escucha el canto de *La Marsellesa Anarquista*, entonado por hombres,

mujeres y niños, mezclado al vocerío, disparos de fusilería y fragor de combate)

“A la revuelta, proletarios,
“Ya brilla el día de la redención;
“Que el sublime ideal libertario
“Sea el norte de la rebelión

(Se repite este verso)

“Dignifiquemos del hombre la vida
“En un nuevo organismo social,
“Destruyendo las causas del mal
“De esta vil sociedad maldecida

“Obreros, ¡a luchar!
“¡A la revolución!
“Con decisión
“A conquistar
“Nuestra emancipación”

Don Julián

(Poniéndose en pie con viveza al escuchar el canto y el rumor de combate) (Lo mismo hacen Marta y Juan) (Alarmado) ¿Qué oigo? ¿Qué significa esto?

Marta

(Con exaltación) ¡Esto significa que la plebe rompe sus cadenas!

Juan

¿Habrá llegado el día santo de la venganza? (Se pasea nervioso)

Carcelero

(Entra precipitadamente donde Marta) (Temblando de miedo, a don Julián) ¡Señor, estamos perdidos! ¡La peonada se ha rebelado! ¡Algunos soldados han hecho causa común con la plebe!

Don Julián

(Alarmado) ¿Y qué quiere esa canalla?

Carcelero

¡Tierra y Libertad! (El carcelero y don Julián quedan anonados. Marta está radiante de entusiasmo)

Juan

(Se detiene) Momento suspirado, ¡al fin llegaste! (Reanuda su paseo)

Marta

(Gritando) Rebelión, ¡Bendita seas!

Don Julián

(Azorados) ¡Huyamos!

Carcelero

(Con desconsuelo) Es inútil; la cárcel está sitiada por los rebeldes. Toda salida está cortada. Los leales se baten con valor al supremo gobierno y los sagrados intereses de la sociedad; pero los bandidos son más que ellos ¡Estamos perdidos!

Don Julián

(Azorado) Sin embargo, probemos a huir.

Carcelero

(Sombrío) No nos queda más salida que la del cementerio. ¡El reinado de la justicia terminó!

Marcos

(Se oye ruido de cerrojos en la puerta del calabozo de Juan; entra Marcos acompañado de Rosa, Ramón, Teresa y de algunos campesinos de ambos sexos y diferentes edades, armados con fusiles, azadones, guadañas, hoces, pistolas y garrotes. Uno de los campesinos porta una bandera roja, que ostenta en letras blancas esta inscripción: Tierra y Libertad) (Echándose en brazos de Juan) Hermano, estas libre en nombre de la Revolución. Ahora, vamos a libertar a Marta.

Juan

(Asombrado) ¡Cómo! ¿Está presa Marta?

Marcos

Todo el tiempo ha permanecido en su calabozo como tú.

Juan

(Con exaltación) ¡Ah, qué feliz soy! ¡El carcelero mintió para que yo repudiara a Marta! ¡Vamos a liberarla! (Salen Juan y Marcos seguidos de los demás)

Carcelero

(Asomándose a la puerta) (Temblando) Ya se acercan los rebeldes.

Don Julián

(Buscando en vano un refugio en el calabozo) ¡Piedad! ¡Piedad! (Aparecen Marcos, Juan, Rosa, Ramón, Teresa y los demás que entraron al calabozo de Juan. Unos campesinos hacen caminar a don Benito a empellones, atado por los codos)

Juan

(Echándose en brazos de Marta) (Con dulzura) ¡Marta mía!

Marta

(Con dulzura) ¡Mi Juan! (Permanecen abrazados)

Marcos

(Dirigiéndose al carcelero, don Julián y don Benito) (Solemne) ¡Tiranos: por siglos y siglos habéis chupado nuestra sangre! Las lagrimas que habéis hecho derramar no bastarían para ahogaros. El pueblo ha esperado paciente la llegada de un Mesías que lo salvase; pero todos los Mesías han resultado traidores a la causa de la humanidad. Hasta ahora el pueblo os había dejado con vida y con vosotros las instituciones que representáis. Ahora es distinto. Vais a morir, y con vosotros morirá la autoridad, el capital y la iglesia, los tres verdugos de la especie humana. De hoy en adelante no habrá un hombre que se atreva a hacerse obedecer; no habrá un hombre que explote el trabajo de otro hombre; no habrá embaucadores que entre la injusticia popular y el crimen enciendan las llamas del infierno para proteger al de arriba de la rebeldía del de abajo. (A los revolucionarios) Compañeros: que se cumpla la

justicia social. Cortémosle la cabeza a la hidra y tomemos posesión para el beneficio común de todo cuanto existe. ¡Viva Tierra y Libertad!

Todos

(A una voz) ¡Viva! (Se apoderan de los prisioneros y los conducen fuera del calabozo atados codo con codo) (Salen todos)

Telón

ACTO CUARTO

La decoración representa un campo a orillas de un caserío compuesto de jacales. Grupos diseminados de campesinos y campesinas de diferentes edades, sentados en sarapes, forman ruedos, en los que se come y bebe alegremente. Campesinos y campesinas circulan por todas partes, mostrando gran regocijo en sus actitudes. Niños jugueteando. En lugar prominente, la bandera roja con la inscripción: «Tierra y Libertad» en letras blancas. Armas en pabellón mezcladas con instrumentos de labranza.

ESCENA I

Juan, Marta, Marcos, Rosa, Ramón, Teresa, Centinela

Marcos

(Juan, Marta, Marcos, Rosa, Ramón, Teresa y otros forman parte de uno de los grupos) (Sonriente) Hace veinticuatro horas solamente que ese viejo sol tostaba los lomos del rebaño, y hoy besa las frentes de los hombres libres. Todavía ayer no éramos dueños de un terrón donde reclinar la cabeza; hoy es nuestro.

Ramón

(Entusiasmado) A ti te lo debemos todo, Marcos: un aplauso para Marcos. (Muchos de los que andan paseando y aun de los que forman grupos se acercan)

Marcos

(Con viveza y dignidad) ¡Alto ahí! Nada más debéis. Aquí cada cual ha querido ser libre, y para ser libre ha tenido necesidad de luchar por la libertad de los demás, pues no se puede ser libre cuando los demás son esclavos. De manera que todos somos acreedores y deudores a la vez. No comencemos, compañeros, por hacer caudillos para que mañana se conviertan en tiranos. Cuando se hace creer a un hombre que a él se le debe la libertad de un pueblo, ese hombre llega a creerse superior a los demás.

Rosa

(Animada.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Aplaudámonos todos; felicitémonos todos, que a todos y a cada uno de nosotros se debe el que en este hermoso día podamos celebrar la fiesta de los hermanos, de los iguales y de los libres.

Teresa

Todo lo que decís está muy bien dicho; pero si Marcos no nos hubiera persuadido de la inutilidad de pedir justicia a nuestros tiranos, estaríamos esperando y continuaríamos esperando, por siglos, que nos viniera de lo alto un jirón de libertad, un guiñapo de justicia o una migaja de pan, cuando no hemos hecho más que decidirnos a alargar la mano para ser libres y dueños de la riqueza social.

Marcos

Compañeros: la experiencia adquirida en estas últimas veinticuatro horas, nos enseña cuán sabia es la máxima que dice que “la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.” ¡Si los trabajadores de las ciudades hicieran lo mismo que nosotros...! Pero no; manejados por políticos astutos, ellos han encomendado al Gobierno la tarea de emanciparnos, que es como encomendar al lobo la guarda del cordero. Ahora, hermanos, a trabajar la tierra para nuestro beneficio exclusivo, pero sin

abandonar el fusil. El enemigo no duerme; en la ciudad se conspira contra la revolución de los campesinos.

Rosa

(Con entusiasmo) ¡Si, compañeros, alerta! Los obreros de las ciudades, desconociendo la solidaridad que debe existir entre los explotados, han hecho causa común con los partidos políticos y están contra nosotros. Ellos esperan que un gobierno los emancipe. ¡Pobres hermanos descarriados! ¿Qué gobierno ha beneficiado al pobre? ¡El Gobierno, todo el gobierno, tiene que ser el verdugo del trabajador y el ángel guardián del burgués! ¡Muera todo gobierno!

Todos

(A una voz.) ¡Muera!

Centinela

(Entrando precipitadamente por la derecha.) (Agitado.) ¡El enemigo se acerca al cañón de La Quemada!

Todos

¡A las armas! ¡Viva la Tierra y Libertad! (Toman las armas y la bandera roja, al mismo tiempo que entonan la segunda estrofa de La Marsellesa Anarquista.)

“No más al amo gobernante

“Por vil salario queremos servir;

“Ya no más la limosna humillante,

“Ya no más suplicar ni pedir.

(Se repite este verso.)

“Que al pedir pan, por hambre acosado,

“El proletario, con impotente voz

“Le contesta, mortífero y feroz,

“Al fusil del verdugo uniformado.

“Obreros, ¡a luchar!
“¡A la revolución!
“Con decisión
“a conquistar
“”Nuestra emancipación.”

(Salen cantando, por la derecha, dando muestras de grande entusiasmo y ardor combativo.) (Cambia la decoración.)

ESCENA II

“La decoración representa el despacho de un gran personaje”

Ministro, Señorita Sofía Merindieta, López, Delegado, mozo, obreros

Ministro

(Fumando un puro al lado de su escritorio; consulta su reloj) (Bostezando.) ¡Mal rayo parta a López! Son las once y veinticinco minutos de la mañana, y no asoma todavía las narices. (Da sendas fumadas a su puro.) Si no fueran tan útiles al capitalismo y al Gobierno estos jefes obreros, les levantaría la canasta, no les pagaría más sueldo. Pero ¿qué hacer sin ellos? Si se dejase a los trabajadores obrar por su propia iniciativa... ¡Adiós, sistema capitalista! Mientras que teniendo jefes, nosotros nos entendemos con esos jefes, y los jefes se encargan de adormecerlos. Sin jefes, los obreros ya se habrían echado sobre la maquinaria para trabajar por su cuenta, como los campesinos se están

² Para mayor comprensión de lo que se trata en esta escena, sería necesario consultar el capítulo XVIII del libro “Orígenes e historia del movimiento obrero en México” de Jacinto Huitrón.

apoderando de las tierras para independizarse económicamente; pero los jefes se dan sus mañas para entretener con reformas a esos zoquetes de obreros, y solamente así podemos lograr que no se acabe de desplomar el sistema de la propiedad privada. (Se oye el sonido de una campanilla eléctrica.) ¡Por fin llega ese maldecido de López! (Entra un mozo con una charola, en la que hay una tarjeta; el ministro recoge la tarjeta y lee aparte.) “Señorita Sofía Merindieta, Profesora Normalista.” (Al mozo.) ¡Que pase! (Sale el mozo. (Frotándose las manos.) Es guapa la profesorcilla. (Entra la señorita Merindieta.)

Señorita Merindieta

(Inclinándose.) Buenos días, señor Ministro.

Ministro

(Levantase de su asiento y estrecha efusivamente la mano de la visitante.) Buenos días, señorita. Sírvase usted sentarse.

(Se sientan en un sofá.) (Meloso.) Sírvase usted decirme en qué puedo serla útil.

Señorita

Estoy en la miseria. Necesito un empleo cualquiera. Mi familia se muere de hambre.

Ministro

Ayer recibí la comunicación de usted solicitando esta audiencia, y desde luego acordé recibirla hoy, pues nuestro deber de gobernantes es atender con prontitud toda petición. (Con énfasis.) Para eso estamos: para servir al pueblo.

Señorita

Gracias, señor Ministro.

Ministro

Pero tengo la pena de decir a usted que el Gobierno está pasando por una crisis terrible. El país está infestado de bandidos levantados en armas, que no respetan ni las propiedades ni las personas y que amenazaban destruir el orden de la sociedad, y los hombres del Gobierno necesitamos hacer toda clase de economías, reducir los gastos hasta el sacrificio, para poder hacer frente a la situación. Por tal razón, señorita, tengo el dolor de manifestar a usted que, al menos por hoy, es imposible darle a usted algún puesto. Más tarde, ya veremos. Tendré presente el nombre y la dirección de usted para mandarla llamar.

Señorita

(Dando muestras de un gran pesar.) Señor, mi madre está en cama; mis hermanitos piden pan.... (Solloza.)

Ministro

(Sonriendo, aparte) Tanto, mejor, con más facilidad aceptarás mis caricias. (A ella) Se me parte el corazón ante tanto sufrimiento (Hipócritamente) ¿Por qué le daría Dios a uno un corazón tan temible?

Señorita

(Suplicante) ¡Socórrame usted, señor ministro! Desde ayer no se prueba bocado en mi casa; mi madre no tiene medicinas; los niños tienen frío y hambre.... (Sollozando)

Ministro

(Sonriendo aparte) ¡Será mía! (A ella) ¡Por el amor de Dios, que me mata usted con su pesar! (Ella solloza convulsivamente; él la rodea el talle con el brazo;

aparte) Tiene que caer, tiene que caer. Si no hubiera dolor abajo, ¿de dónde sacaríamos nuestras queridas los de arriba? (Se abre la puerta)

Mozo

¡El señor López!

Ministro

(Aparte) ¡Mal rayo lo parta! (Al Mozo) Que pase. (A ella) Sírvase usted venir mañana a las once, que procuraré aliviar su situación. ¡No ha tocado usted un corazón de roca! (Estrechándola efusivamente) Hasta mañana.

Señorita

(Con desesperación) ¡Veinticuatro horas más de agonía! (Sale sollozando)

Ministro

(Furioso) ¡Qué importuno es el tal López! ¡Diez minutos más y... cae!

López

(Entrando) Buenos días, señor ministro.

Ministro

Buenos días, señor López. (Le estrecha la mano) Sírvase usted de tomar asiento. (Se sientan)

López

Conforme a lo que acordamos ayer usted y yo, hablé por la noche con los miembros de los sindicatos obreros. Se muestran muy desconfiados, pues dicen que el pacto habido entre ellos y el gobierno no les ha producido una migaja más de pan, y en nada ha aminorado las horas de labor. (Con solemnidad) He podido notar síntomas de rebeldía, señor ministro. Yo no sé

cómo ha podido escurrirse hasta los hogares proletarios el maldito periódico que publican los renegados de California, el papelucho llamado *REGENERACIÓN*; el caso es que lo he visto en más de un hogar y su influencia es desquiciadora, porque mata en los obreros la fe en santones o jefes, y despierta en ellos el deseo de apoderarse de la riqueza social, como el único medio para salir de la miseria y de la tiranía. A mí no se me recibió tan bien como antes se hacía, ni se me tuvo la confianza de costumbre. Yo no sé cómo ha llegado a traslucir que tengo sueldo para hablar del problema social de una manera que beneficie al gobierno.

Ministro

Malos síntomas son éstos, señor López.

López

Malísimos, señor Ministro. Ya no les gustan los sindicatos. Dicen que el sindicato no redime al trabajador y quieren entregarse, desde luego, a la expropiación de la riqueza social, como lo hacen los trabajadores de los campos. Yo he tratado de convencerlos de que la violencia no conduce a nada bueno, y que es por los medios pacíficos como los trabajadores deben buscar su emancipación, sobre todo cuando se cuenta con un gobierno amigo de los trabajadores.

Ministro

¡Bravo! ¡Bravo, señor López! Con jefes obreros como usted, tendremos a nuestros pies a esos pelados.

López

No quedaron muy conformes, y decidieron enviar una comisión este día para recabar de usted una promesa de ayuda. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Ministro

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Tragan el anzuelo todavía esos estúpidos! ¡El reinado de la explotación tiene algunos años más de vida! (Se abre la puerta y aparece el mozo)

Mozo

(Dirigiéndose al ministro) Señor, unos obreros desean hablar con usted.

Ministro

Que pasen inmediatamente (Sale el mozo) Las circunstancias lo fuerzan a uno a ser cómico. ¡Me da asco el contacto de la canalla!

Delegado

(Entran varios delegados obreros, que por la torpeza de sus movimientos y lo forzado de sus actitudes, dejan adivinar la turbación que les causa encontrarse en un medio distinto al suyo) (Manoseándose el sombrero) Buenos días, señor Ministro. (A López) Salud, compañero.

Ministro

Buenos días, señores. (Se apresura a darles la mano, que con disimulo se limpia después en la falda del saco)

López

Salud, compañeros. (Se ríe aparte)

Ministro

Sentaos, amigos míos. (Todos se sientan; unos se rascan la cabeza, otros manosean sus sombreros y algunos no saben qué hacer de sus pies y de sus manos) Estáis en vuestra casa. ¿A qué se debe el honor de haber estrechado esas manos honradas?

Delegado

(Turbado y manoseando su sombrero) Pues... pues... ya el señor aquí (Designando a López y rascándose la cabeza)... digo, ya el compañero López le habrá dado a usted un mediano detalle de lo que queremos los obreros.

Ministro

En efecto, ya el señor López me habló de que vendrías a verme para recabar del gobierno, del cual tengo la honra de formar parte, la seguridad de su apoyo. (Con énfasis) El gobierno está con vosotros, nobles hijos del Trabajo (Da palmaditas en las rodillas del delegado, para limpiarse en seguida las manos en la faldas del saco)

López

Sí, compañeros; acabo de tener una larga plática con el señor ministro. Le he expuesto vuestra situación, la miseria que sufrís por lo escaso de los salarios de que disfrutáis, y el señor Ministro, con su buen corazón, se ha dolido de vuestros sufrimientos y ha jurado poner a raya a los capitalistas para aliviar vuestra situación; pero se tropieza con la terrible dificultad de que encontrándose levantados en armas muchos bandidos, no es posible poner en práctica las reformas que habrían de emancipar al trabajador del yugo capitalista. Se necesita, compañeros, que deis todo vuestro apoyo a la

revolución hecha gobierno para asegurar la paz y coadyuvar en la gran obra de la reconstrucción social.

Delegado

Estamos listos a derramar la última gota de nuestra sangre en defensa del gobierno.

Ministro

(Aparte) ¡Se ensartaron! (A ellos) No podía esperarse otra cosa de los nobles hilos del taller, de los héroes esforzados de la fábrica, de los campeones del martillo y de la escuadra, que estar al lado de la revolución que hace el gobierno para vencer a los bandidos. (Solemne) En nombre de la patria os saludo, soldados de la legalidad. La peonada de la hacienda de La Purísima se levanto anoche en armas y cometió mil excesos; los bandidos violaron mujeres, robaron, incendiaron, asesinaron y llevaron su audacia hasta el grado de declararse dueños de la hacienda. ¿Adónde va a dar la sociedad con tales desmanes? Esos campesinos son vuestros peores enemigos, porque con sus actos de salvajismo y su constate rebelión retardan el advenimiento de la paz, los negocios se estancan, los salarios no pueden subir y la nación se desprestigia en el extranjero.

López

¡Mueran los bandidos! (Los obreros se ponen de pie y gritan: ¡Mueran!)
Compañeros: ¡a exterminar esas víboras que impiden que el gobierno ponga en práctica sus reformas redentoras! (Los obreros: ¡mueran los bandidos!)
¡Volad a reunir a todos los compañeros! El comandante militar os proveerá de armas y municiones, y marchad como hombres a vencer a la reacción. Un tren especial os pondrá en tres horas en el lugar de los sucesos. ¡Viva la Revolución Social! (los obreros gritan; ¡Viva! y, después de dar la mano al ministro López, salen precipitadamente de la oficina. Se cierra la puerta. López y el ministro se miran cara a cara y prorrumpen en una estruendosa carcajada)

Ministro

(Limpiándose asqueado la mano) si no hubiera idiotas, ¿qué sería de nosotros?

López

(Con convicción) Si no hubiera idiotas, tendríamos que sudar para ganar el pan. Sin los trabajadores, que no tienen conciencia de clase, tanto el burgués como el fraile, el gobernante y cuanto parásito vive del sudor del pobre tendríamos que remangarnos los puños y entrarle al pico y a la pala si no queríamos perecer de hambre.

Ministro

Por fortuna el número de los imbéciles es infinito.

López

Sí, pero están despertando. ¡Cuidado con dormirnos nosotros! En fin, me marcho. Buenos tardes, señor Ministro. Mañana sabremos el resultado del encuentro entre los trabajadores de la ciudad y los del campo. ¡Hermanos contra hermanos! ¡Bendita sea la ignorancia de las masas, que asegura nuestra tranquilidad! (Da la mano al Ministro y sale)

Ministro

(Limpiándose asqueado la mano) ¡Tener que darle la mano a Judas! (Cambia la decoración)

ESCENA SEGUNDA

La decoración representa un lugar montañoso. Por la derecha, grandes peñascos forman un baluarte natural. Campesinos de ambos sexos y diferentes edades yacen muertos en distintos lugares, y principalmente al pie de las grandes rocas de la derecha, donde se encuentra la masa principal de defensores del baluarte, hombres y mujeres. Los niños despojan de su parte a los muertos y lo entregan a los supervivientes. Algunos niños salen al campo enemigo a despojar a los gobiernistas muertos, y regresan trayéndolo en cestas. La bandera roja, en lugar prominente. Tiroteo General.

Juan, Marta, Marcos, Rosa, Ramón y Teresa

Marcos

¡Animo, compañeros! Práxedes nos dijo: «Vivir para ser libres, o morir para dejar de ser esclavos» (Dispara su fusil)

Rosa

(Al lado de Marcos) ¡Viva el Partido Liberal Mexicano! (Todos contestan: ¡Viva!) ¡Viva la Anarquía! (Todos contestan ¡Viva!) ¡Viva Tierra y Libertad! (Todos contestan: ¡Viva!) (Cae Muerta)

Marcos

(Se inclina y coloca la cabeza de Rosa sobre sus rodillas) (Con tristeza) ¡Está muerta! (La besa) Ha dejado de ser esclava. (La estrecha con ternura) No son los tiranos quienes te han arrancado la vida, Rosa mía. ¡Es un proletario el que te ha herido de muerte! El asesino es tu hermano, ¡Es Caín! Quisiste romper sus cadenas, y te ha pagado con la muerte. ¡Ah, qué infierno se le espera a ese

esclavo inconsciente! Volverá a su hogar triunfante, con las manos tintas en sangre de los suyos, de los de su clase; pero sin un pedazo de pan para los niños que desfallecen de hambre. Entonces comprenderá que te ha asesinado para asegurar a los ricos el bienestar y para remachar sus propias cadenas. (Estrechándola) Duerme, Rosa mía, duerme. Dentro de pocos minutos estaré contigo. (La besa con ternura y la descansa suavemente en tierra. Se levanta y continúa disparando su fusil. Del lado de afuera se escuchan voces de: “rendíos, bandidos” ¡Viva el Supremo Gobierno! Los defensores del baluarte entonan la tercera estrofa de la Marsellesa Anarquista:)

“Los privilegios de la burguesía
“Aniquilemos con brazo tenaz
“Y los antros de la tiranía
“Sean pastos del fuego voraz.

(Se repite este verso)

“No quede en pie el Estado y sus leyes,
“Que siempre al pueblo feroz esclavizó
“Y la ignorancia caduca conservó
“Con sus patrias, sus Dioses y sus reyes.

““Obreros, ¡a luchar!
“¡A la revolución!
“Con decisión
“a conquistar
““Nuestra emancipación.”

(Van cayendo muertos los defensores)

Juan

(Empuña la bandera roja y la hace ondear sobre el parapeto) (Dirigiéndose al enemigo) Hermanos obreros de la ciudad: esta bandera representa la sangre de todos los oprimidos del mundo. Ella tiene el color de vuestra sangre y de nuestra sangre. ¡Uníos a nosotros, que somos vuestros hermanos de clase y luchemos juntos contra el enemigo común: el burgués, el fraile y el

gobernante! ¡Viva Tierra y Libertad! (Los de afuera: ¡Mueran los bandidos!, Juan cae, herido, en los brazos de Marta) ¡Me han herido!

Marta

(Recostándolo en sus rodillas, le separa el pelo de la frente) ¡Asesinos! ¡Asesinos! (Le besa la frente) ¡Cada muerto de los nuestros es un eslabón más que añadís a vuestras cadenas! (Se lleva las manos a la cabeza) ¡Estoy herida! (Cae) (Los de afuera gritan: ¡viva el supremo gobierno! Los defensores responden: ¡Mueran!)

Teresa

(Levanta la bandera roja y la agita) Morimos, pero *La Idea* que representa esta bandera no morirá. (Dirigiéndose al enemigo) Mañana, cuando la tiranía hiera con su espuela vuestros ijares, os acordaréis de nosotros y el remordimiento roerá vuestros corazones. Entonces levantaréis esta bandera que la muerte arranca de nuestras manos (Cae muerta)

Ramón

(Se inclina y la besa) Una víctima más de la ferocidad burguesa. (Se levanta, dispara su fusil sobre el enemigo) ¡Matadnos, que la libertad necesita de la sangre de los buenos; pero también se nutre con cabezas de tiranos! (Cae muerto)

Marcos

¡El enemigo avanza al asalto de nuestro baluarte! ¡Todos aquí, para recibirlo con una descarga cerrada! (Todos acuden al llamado y preparan sus fusiles) (Una voz de afuera: ¡Rendíos!) ¡Fuego! (Todos disparan; los de afuera contestan el fuego, y todos los defensores del baluarte, con excepción de Marcos, van cayendo muertos hasta quedar sólo Marcos) (Una Voz de afuera: ¡ríndete!) (Con energía) ¡Un anarquista no se rinde! (Se oye un disparo y cae herido. Se levanta vacilante) Vosotros que sostenéis al crimen deberéis

rendiros a mí, que represento la justicia. Bebed mi sangre ¡insensatos!, y llevad mi corazón a vuestros hijos hambrientos para que lo devoren, porque vuestros amos no les arrojarán ni un hueso de su festín. (De afuera: ¡rínnete bandido!) (Viendo en torno suyo) ¡Ah, todos muertos; pero mientras haya hambre e injusticia, la revolución continuará en pie! (Se desabrocha la camisa y posa la mano sobre el pecho) ¡Matadme! ¡Asesinad a vuestro hermano de clase, para que vuestros verdugos sean felices! Dadme la muerte sin tardanza para que volváis a la ciudad a recibir los puntapiés de vuestros amos como premio a vuestra traición. ¡Viva Tierra y Libertad! (Una voz: ¡Fuego! Se oye un disparo, Cae muerto)

Telón

VERDUGOS Y VÍCTIMAS

Personajes:

- Isabel.
- José.
- Juana.
- Juez.
- Doctor.
- Mendizábal.
- General.
- Márquez.
- Mendigos 1, 2, 3, 4 y 5.
- Transeúntes 1 y 2
- Gendarmes 1 y 2
- Presos 1, 2 y 3
- Lucrecia.
- Leonor.
- Doña Chole.
- Ordóñez.
- Catrines 1, 2, 3, 4 y 5
- Manuel
- Obreros 1, 2 y 3
- Oficial
- Rebeldes 1 y 2

Gendarme, Cargadores, Mendigos, Transeúntes, Soldados, Obreros y Mujeres y Niños proletarios

La acción pasa en México.

ACTO PRIMERO

Interior humilde de un cuarto de vecindad, dividido en dos compartimentos por una cortina corrediza. En el compartimento de la izquierda, más corto, una cama de tablas asentadas sobre dos borriquetas de madera. En el compartimento de la derecha, una mesa de pino sin pintar una máquina de coser; en un rincón, un brasero sin lumbre; la puerta, al fondo, sobre el patio de la vecindad: decorado popular; en el que figuran imágenes de santos; varias sillas de tule, averiadas, repartidas en ambos compartimentos.

ESCENA PRIMERA

Isabel y Juana

Isabel (Juana, en la cama, dormida. Isabel cose en la máquina sin parar de trabajar.) ¡Qué angustia! ¡Qué angustia! (Para la máquina y se lleva las manos al pecho; tose convulsivamente.) (Pausa.) El trabajo me aniquila; siento que mis fuerzas se agotan. (Suspira y reanuda la tarea, a la que interrumpe un nuevo acceso de tos.) (Pausa.) Esto no puede continuar así: debo dejar de trabajar. (Volviendo el rostro hacia el compartimento donde descansa Juana.) Pero si no trabajo, ¿qué será de mi madre, tan enferma como está? No cuenta con nadie más que conmigo. (Llora.)

Juana

(Despertando.) ¿Qué es eso, hija mía? ¿Lloras?

Isabel

(Enjugándose precipitadamente las lágrimas y afectando serenidad.) No es nada, madrecita, no lloro. (Acercándose mimosa al lado de la enferma, a quien besa.) Mírame.

Juana

(Acariciándola.) Pobrecita, ¡qué cansada te has de sentir después de haber velado toda la noche! (Se acarician.)

Isabel

No te aflijas por mí, mamacita. Estoy todavía joven y fuerte y... (La interrumpe un acceso de tos.) Te lo aseguro, me siento bien, muy.... (Nuevo acceso de tos.)

Juana

(Alarmada.) Pero esa tos, esa tos... Hijita de mi corazón, esa tos no me gusta.

Isabel

No te alarmes; mira que estás muy delicadita: es un pequeño resfriado y nada más. No te aflijas; el doctor ha dicho que procures no emocionarte; te aseguro que no siento la menor molestia. Ahora, a descansar. No debes fatigarte hablando. (Arregla las almohadas y cobijas, besa a Juana y reanuda su tarea en la máquina.)

Juana

¿Hija?

Isabel

¿Qué se te ofrece, mamá?

Juana

¿Me puedes dar una taza de té?

Isabel

Sí, mamá, voy a prender la lumbre. (Se dirige al brasero y busca en la carbonera.) (Con angustia.) ¡Ni un trozo de carbón! Mamacita, voy a pedir a la vecina una taza de agua caliente. (Juana no contesta.) (Pausa.) ¿Se habrá dormido? (Levanta la cortina y se asoma.) Sí, se ha dormido. ¡Qué congoja! Ni un pedazo de pan, ni un carbón. ¡Dios mío! ¿Por qué abandonas a tus hijos? ¿Por qué yo que trabajo hasta agotar mis fuerzas carezco hasta de lumbre para hervir una taza de té? Perdóname, Padre Eterno, pero a veces llego a dudar de que existas, porque si eres todo bondad, ¿por qué no se hace sentir tu bondad? ¿No hay muchos niños que tiritan de frío y lloran de hambre? ¿Por qué descargas tu cólera sobre los inocentes? (Llaman a la puerta.) ¿Quién podrá ser? (Abre.)

ESCENA SEGUNDA

Los mismos; Mendizábal

Mendizábal

(En la puerta, elegante, con el sombrero de seda en la mano.) (Melifluo.)
Buenos días, señorita.

Isabel

Buenos días, señor.

Mendizábal

Desearía decir dos palabras, si eso no fuera molesto para usted.

Isabel

Sírvase usted pasar y tomar asiento. (Entra y se sienta; Isabel hace lo mismo.)

Mendizábal

Mi dependiente me ha informado que no ha podido obtener de usted el pago del alquiler de este cuarto, y he querido venir en persona a arreglar el asunto. Como usted sabe, los negocios van muy mal; el Gobierno necesita dinero para hacer frente a la crisis económica, y los propietarios tenemos que pagar las contribuciones, viéndonos en la penosa necesidad de exigir de nuestros inquilinos el pago exacto de las rentas.

Isabel

Pero es el caso, señor, que no cuento con dinero para pagar lo que adeudamos por el alquiler del cuarto. Mi madre ha estado postrada en cama desde hace largos meses, y todo lo que gano con mi trabajo se ha gastado en médico y medicinas. ¿No pudiera usted esperar un mes más para el pago?

Mendizábal

¡Imposible, señorita! (Acercando su asiento al de Isabel.) Sin embargo, si usted fuese razonable, tal vez pudiésemos tener un arreglo.

Isabel

(Con extrañeza.) ¿Razonable?

Mendizábal

Si; si haciendo un lado escrupulillos, me amase usted...

Isabel

Pero si usted tiene mujer e hijos y, además, la Ley y la Religión.....

Mendizábal

(Interrumpiéndola.) Ya sé lo que me va a decir usted; pero ¿no es sabido que la Ley no alcanza a los ricos, y que el que tiene dinero puede comprar su entrada al cielo?

Isabel

¡Dios mío! ¡Dios mío, ayúdame!

Mendizábal

Ámeme usted y será ayudada.

Isabel

Pero ¿es que debo prostituirme para tener el derecho de vivir en esta pocilga?

Mendizábal

(Brutal.) Yo necesito hacerme pagar de alguna manera. A falta de dinero, acepto caricias.

Isabel

(Se pone en pie.) (Indignada.) ¡Retírese usted de mi casa!

Mendizábal

(Se pone en pie.) (Con sorna.) Tú casa..... ¡Ja, ja, ja...! En este momento voy a ver al juez para que con tus cachivaches te pongan de patitas en la calle. Tú casa... ¡Ja, ja, ja...! (Sale.)

ESCENA TERCERA

Isabel Y Juana

Isabel

¡En la calle, Dios mío! ¿Y qué va a ser de mi madre? (Llora.) (Pausa.) Dios mío, si es cierto que existes, muestra tu poder: pon un freno a la injusticia; no desampares a los débiles. ¿En qué te hemos ofendido para que nos castigues de manera tan cruel? ¿Adónde voy con mi madre moribunda? ¿Adónde, Dios mío? Virgen madre de Dios, ¡ayúdame, sálvame! (Llora.)

Juana

(Despertando.) ¿Lloras, hija mía?

Isabel

(Enjugándose precipitadamente las lágrimas.) No, mamacita. (Dirigiéndose al lado de la enferma.) ¿Te sientes mejor? (La acaricia.)

Juana

Me siento tan débil.... Hijita de mi vida, no quisiera decírtelo, pero creo que se acerca para mí el último momento. (Se abrazan y sollozan.) (Pausa.) ¿Qué será de ti, sola en el mundo? Si vivieran tus hermanos, moriría más tranquila.....

Isabel

¡Pobres hermanos míos, tan buenos, tan abnegados! Parece que los estoy viendo: tan trabajadores, tan honrados. Toda su paga nos la entregaban intacta para los gastos de la casa. ¡Qué fe tan grande era la suya en el triunfo de la Revolución! ¡Con qué entusiasmo leían las proclamas de los caudillos que convocaban al pueblo a la rebelión con promesas ardientes de libertad y de bienestar para los trabajadores! Y yo me pregunto a veces: ¿de qué ha servido tanto sacrificio? Mis hermanos muertos; cientos de miles de trabajadores muertos, y el bienestar no existe; no hay más que miseria y opresión: lo mismo que antes, lo mismo que siempre.

Juana

Me duele dejarte. Si no fueras bonita, moriría más tranquila; pero bella y pobre.... Me horroriza el pensarlo: te asediarán las seducciones; la lujuria estará en constante acecho de tu virtud. Se te ofrecerá pan, pero a condición de que lleve el sabor de la vergüenza. (Solloza.)

Isabel

(Acariciándola.) No te aflijas, mamacita; no pienses en eso. Piensa en que vas a curarte. Mira que te hacen daño las emociones fuertes. Alíciate, que fuerza no me ha de faltar para resistir todas las tentaciones del vicio y los rigores de la miseria. (Llaman a la puerta.) Voy a ver quién es. (Abre la puerta.)

ESCENA CUARTA

Los mismos y El Doctor

Doctor

(En la puerta.) Buenos días.

Isabel

Buenos días, doctor; pase usted.

Doctor

(Entrando.) ¿Cómo sigue la enferma?

Isabel

(En voz baja.) Peor; hace cuatro días que he estado llamando a usted para que viniera a verla, y como usted no ha venido, ha empeorado.

Doctor

(En voz baja.) No es culpa mía, hija. Me debe usted con ésta ocho visitas, y usted comprenderá que no puedo sacrificarme más. Hoy sólo he venido a ver si se me paga. De lo contrario, no receto.

Isabel

(Con angustia.) Sálveme usted a mi madre, doctor. ¡Mi madre se muere!

Doctor

Pero es que yo tengo que vivir. Deme usted un abono a cuenta de la deuda, y la serviré con mucho gusto.

Isabel

(Retorciéndose las manos.) Trabajo de día y de noche; casi no pruebo bocado y, sin embargo, no cuento con un solo centavo. No hay un trozo de carbón en el brasero, ni un pedazo de pan para la enferma.

Doctor

(Insinuoso.) Todos sus infortunios terminarían si usted quisiese.....

Isabel

No veo cómo.

Doctor

Yo puedo protegerla a usted, y lo haría con gusto porque siento por usted una gran simpatía. Si usted fuese más amable conmigo....

Isabel

Lo soy con todo el mundo, dentro de los límites del decoro.

Doctor

Muy bien; pero yo quisiera para mí una amabilidad especial, algo que dejara satisfecho el cariño que siento por usted.

Isabel

¡Calle usted, por Dios! No profane un sentimiento todo abnegación y todo desinterés como es el del amor, con un simple apetito de la carne. Usted es rico, mientras yo soy pobre; usted es instruido, y yo ignorante. ¿Qué amor puede nacer entre dos seres tan distanciados el uno del otro por la posición social, por la educación, por la instrucción, por las costumbres y hasta por las aspiraciones? El amor sólo puede nacer entre iguales. Cuando el rico fija sus ojos en la pobre, es que quiere hacerla su querida. (Llaman a la puerta.) Voy a abrir. (Abre y aparece José.)

ESCENA QUINTA

Los mismos y José

José

(Entrando.) ¡Isabel mía! ¿Cómo sigue tu mamá?

Isabel

(Suspirando.) Muy mal.

Doctor

Precisamente vine a ver a la enferma para prestarla los auxilios de la ciencia. (Con hipocresía.) La profesión del médico es un apostolado, que desgraciadamente el vulgo no entiende. Allí donde está el dolor, allí se encuentra el médico.

José

Especialmente cuando hay dinero para pagar sus visitas.

Doctor

¿Ve usted cómo no se comprende el apostolado del médico? ¡Qué injusticia! No es que quiera yo hacer alarde de mis sacrificios por la humanidad doliente; pero ¿cómo se explica usted mi presencia en este lugar cuando se me deben ocho visitas y no tengo ni la más remota esperanza de que se me paguen? En fin, hay que sufrir con paciencia las debilidades del prójimo. (Con hipocresía.) Sólo una humanidad más justa podrá comprender nuestra abnegación y nuestro desinterés. Voy ver a la enferma. (Se aproxima al lecho; se sienta; saca el reloj y toma el pulso a la enferma, que yace sin movimiento.)

José

(A Isabel, en voz baja.) Ese es un farsante.

Isabel

Pretendía que le pagase ocho visitas atrasadas, pues de lo contrario no recetaría.

José

¡Infame! Se ha instruido en las escuelas sostenidas con el sudor del pueblo, y todavía le cobra al pueblo por sus servicios. (Isabel solloza; **José** la acaricia.)

Doctor

(Hablando para sí.) Esto es grave; no hallo el pulso. Se trata de un caso de extrema debilidad. Se agota esta mujer por falta de alimentación. Más que medicinas, necesita leche, huevos, consomé. (Aplica el oído al pecho de la enferma.) Esto no tiene remedio. La muerte no tardará en llegar. (Se levanta y va hacia Isabel y José.)

Isabel

(Al doctor.) ¿Qué esperanza nos da usted, doctor?

Doctor

No hay remedio. Llamen a un padre para que administre a la enferma los últimos sacramentos. Yo le diré a la portera que vaya por el padre. (Sale.)

ESCENA SEXTA

Los mismos Menos el Doctor

Isabel

(Se precipita al lado de su madre, que permanece inmóvil; se arrodilla y la echa los brazos al cuello. José la sigue y permanece de pie.) (Sollozando.) ¡Madre mía, no quiero que te mueras! ¡Mírame, mira a tu hija! ¡No me dejes sola!

¡Dios justo, Dios bondadoso, que no se muera mi madre o máteme a mí también! ¡No te mueras, mamacita, no te mueras! Mira que trabajaré mucho, ¡mucho!, para comprarte cosas muy buenas, y te mimaré, y platicaremos de cuando, siendo niña, me llevabas de la mano a dejar la costura al almacén, y de regreso me comprabas alguna golosina, y de cuando me enseñabas a leer; ¡pero no te mueras! ¡No me dejes!

José

(Se arrodilla al lado de Isabel.) (Acariciándola.) ¡Pobrecita amada mía!

Isabel

Dios mío, tú que eres el amparo de los débiles, mira mi dolor. (Llaman a la puerta.)

José

(Levantándose.) Yo voy a abrir. (Se dirige a la puerta y la abre, entrando de rondón Mendizábal, un juez, su secretario, varios gendarmes y cuatro cargadores. La puerta queda abierta.)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, Mendizábal, Juez y Acompañamiento

Juez

(A los gendarmes.) (Con despotismo.) Guardad esa puerta. (Los gendarmes se alinean en la puerta.) (A Mendizábal.) (Con cortesía.) ¿Es ésta la casa que desea usted que sea desocupada, señor Mendizábal?

Mendizábal

Sí señor, esta es.

Juez

(A José.) (Con aspereza.) ¿Con quién se entiende uno aquí?

José

Las personas que ocupan esta casa son una madre moribunda y una hija desolada. No veo con quién pueda usted entenderse.

Juez

(Al secretario.) Levante usted el acta de lanzamiento; hay que poner todas estas cosas en la calle. (El secretario se sienta junto a la mesa, desenvuelve unos papeles y se pone a escribir.)

José

Las circunstancias son excepcionales; hay una persona que agoniza; espero que no se llevará adelante esta diligencia.

Juez

(Con énfasis.) La Ley es la Ley y tiene que ser respetada. (Aludiendo a Mendizábal.) Al señor se le deben los alquileres de esta casa, y ha solicitado el auxilio de la Ley y el apoyo de la justicia para que sus intereses no sufran menoscabo. (Al secretario.) Adelante con la diligencia.

Isabel

(Con angustia.) ¡No quiero que te mueras, mamacita! No quiero que te mueras!

José

(Se precipita sobre la cortina y la descorre con violencia.) (Al juez.) ¿Tendrá usted corazón para continuar la diligencia?

Juez

(Encogiendo los hombros.) La Ley es la Ley; la Ley no tiene corazón. Es triste el espectáculo; pero como representante de la justicia tengo que velar por que los intereses legítimos no sean lesionados. (Aludiendo a Mendizábal.) Al señor se le deben los alquileres, y la justicia y el derecho están de su parte.

José

¡Justicia! ¡Derecho! He ahí dos conceptos prostituidos por la burguesía. La justicia y el derecho nada tienen de común con nuestra Ley, protectora del fuerte y azote del débil.

Juez

(Furioso.) ¿Es usted anarquista?

José

Soy amigo de la justicia, de la justicia humana, de la justicia que no está escrita en los códigos, de la justicia que prescribe que todo ser humano tiene el derecho de vivir sin explotar y sin ser explotado, sin mandar y sin ser mandado.

Juez

(A los gendarmes.) Este hombre es magonista. ¡Regístradlo! (Los gendarmes se echan sobre José y lo registran.)

José

(Indignado.) No soy magonista: soy anarquista. Un anarquista no tiene ídolos. (Los gendarmes no encuentran más que un periódico doblado, que entregan al juez.)

Juez

(Desdobra el periódico; ve el título y, furioso, se lo muestra a José.) ¿Podrá usted negar que este periódico infame no es *Regeneración*, la infecta hoja de los renegados de California?

José

(Serenamente.) En efecto, es *Regeneración*.

Juez

(Colérico.) Con razón está usted tan asilvestrado. Este maldito periódico sólo sirve para trastornar las cabezas de los pelados, haciéndoles creer que es posible vivir sin gobierno, que el gobierno es malo cualquiera que sea su forma y quienquiera que se encuentre al frente de él, y otras majaderías por el estilo.

José

(Tranquilo.) Y el Gobierno se encarga de confirmar las verdades propaladas por los anarquistas, poniendo en la calle a una anciana moribunda y a una hija loca de dolor.

Juez

(A los cargadores.) (Furioso.) ¡Ea, hombres, poned en medio de la calle todo lo que hay aquí! ¡Pronto! (A los gendarmes, señalando a José.) Vosotros, detened a ese pelado. (Dos cargadores se apoderan de la moribunda y la sacan del cuarto, mientras los otros se disponen a poner fuera otros objetos. Los gendarmes maniatan a José.)

Isabel

(Siguiendo a los que se llevan a su madre.) (Con angustia.) ¡En la calle! ¡En la calle! ¿Dónde está tu misericordia, Dios mío? ¿Dónde tú justicia?

Mendizábal

(A Isabel cuando pasa.) (Con ironía.) Tú casa... ¿eh? ¡Ja, ja, ja...!

José

¡Apretad, tiranos, que la injusticia afila la hoja de la guillotina!

Telón.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Despacho de un General; mobiliario de oficina; en el escritorio, un teléfono portátil; la puerta en un costado.

ESCENA PRIMERA

General y Márquez

General

(Adornado con medallas y cruces, sentado frente al escritorio, fumando un puro) ¿Qué le pareció a usted el acto de la imposición de las medallas, mi buen Márquez?

Márquez

(Sentado.) ¡Grandioso, señor General, grandioso y hasta sublime! Porque ¿qué calificativo mejor que el de sublime puede darse al acto en que la Patria, agradecida, premia a sus mejores hijos?

General

(Sacando el pecho.) Y no son pocas las medallas y cruces que me han colgado.... Para otra vez necesitaré tener dos pechos, porque ya no me queda lugar para más colgajos. ¡Ja, ja, ja...!

Márquez

(Servil.) Mi General, usted sabe que yo no sé manchar mi lengua con la adulación; pero estoy por decir que si el pecho de usted fuera del tamaño del mundo, todavía no habría lugar suficiente para fijar el él todas las condecoraciones a que por sus méritos se hace usted acreedor.

General

¡Bendito sea Dios, que todavía hay espíritus justicieros en la Tierra! Lo asciendo a usted a capitán, señor ayudante.

Márquez

Gracias, mi General, y que Dios conserve su vida preciosa para la felicidad de la Patria. (Suena un timbre.) Voy a ver qué es. (Levantándose.) Con el permiso de usted, mi General. (Sale, cerrando tras sí la puerta.)

General

¡Ja, ja, ja...! (Palmeándose el abdomen.) ¡La Patria! ¡La Patria! ¡Esta es la Patria! Pero hay que fomentar esa ilusión en el pueblo para que esté dispuesto a degollar y a hacerse degollar cuando nos convenga a los de arriba. (A Márquez, que entra llevando un papel en la mano.) ¿Qué ocurre, mi buen Márquez? Siéntese usted.

Márquez

Con su permiso, mi General. (Se sienta.) Está la antesala llena de gente que pretende obtener algún favor de usted. (Mostrando el papel.) El escribiente ha formado esta lista de los solicitantes y de los que pretenden, para que usted ahorre su valioso tiempo.

General

A ver, vaya usted leyendo, mi buen Márquez.

Márquez

(Leyendo.) Juana Hernández viuda de García, con tres pequeñuelos, dice que su marido murió en campaña contra los campesinos, sirviendo a las órdenes de usted, y reclama una pensión para vivir ella y educar a sus hijos. Serapio Contreras, soldado del Batallón Rojo a las órdenes de usted, herido y baldado para siempre en la acción de La Purísima contra los campesinos, pide ayuda por estar cargado de familia. Diego, Juan, Toribio y Anastasio Ruiz, huérfanos.....

General

¡Basta! ¡Basta, que no acabaríamos nunca y tenemos muchas cosas que arreglar! ¿Sigue la lista por el mismo tenor?

Márquez

Sí, mi General.

General

Pues, no me dejo ver de nadie. ¡Qué gente tan molesta! ¿Y no ha venido Isabelita?

Márquez

No, mi General.

General

Bueno; ella sí que pase inmediatamente en cuanto llegue. Ahora vamos a lo más importante: ¿está arreglado todo para la fiesta de esta noche?

Márquez

Todo está listo, mi General. Los manjares son exquisitos; los vinos, de primera. La mejor orquesta de la ciudad amenizará el banquete y tocará en el baile. Han quedado invitadas las señoritas que usted prefiere: Julia, Ester, Rebeca y Lola, con la recomendación de que dejen a sus mamás en casa. En fin, que todo está listo. Los gastos ascienden a cinco mil pesos.

General

¡Una bicoca! ¡Para eso suda el pueblo! (Suena el timbre.)

Márquez

(Se levanta.) Con permiso de usted, mi General, corro a ver quién es. (Abre la puerta.) Es Isabelita, mi General. (A Isabel.) Sírvase usted pasar. (Entra Isabel vestida de andrajos, y Márquez sale, cerrando discretamente la puerta.)

ESCENA SEGUNDA

General e Isabel

Isabel

(Entrando.) (Con cortedad.) Buenos días, señor.

General

(Poniéndose en pie y yendo a su encuentro con las manos tendidas.) Buenos días, Isabelita; siéntese usted. (Se sienta Isabel y el General se sienta a su lado.)

Isabel

(Tímida, jugando con las puntas del rebozo.) ¿Ha arreglado usted algo en mi favor, señor?

General

Por supuesto que sí, hija mía; no faltaba más que yo dejara de hacer algo por usted, por la hermanita de dos de mis mejores soldados, como lo fueron los hermanos de usted, a quienes Dios tenga en su seno. ¿Cómo había de olvidar la Patria a los deudos de los que se sacrificaron por ella? Mas se necesita un poco de paciencia. No hay dinero para nada. Todos vivimos a la cuarta pregunta. Pero la situación de usted puede cambiar con sólo abrir los labios. Acepte usted mi proposición de ocupar la casita de mi propiedad de la Ribera de San Cosme: está sin inquilinos, completamente amueblada; puedo ponerla a usted criados que la sirvan y pasarla una regular mesada. ¿Qué dice usted?

Isabel

Ya he dicho a usted otras veces que me es imposible aceptar sus proposiciones. Pobre he sido y pobre espero morir, con la conciencia tranquila de haber obrado siempre de acuerdo con la dignidad. ¡Qué amargo debe ser el pan comprado con la deshonra!

General

¿Es esa su determinación definitiva?

Isabel

(Con firmeza.) Si, señor.

General

Venga esa mano, Isabelita. La felicito cordialmente por la firmeza de su carácter. He querido solamente probar hasta qué punto era fuerte su virtud. Las proposiciones que he hecho a usted no han sido más que una astucia mía para convencerme de la pureza de usted. Venga, pues, otra vez esa mano, que beso con la misma reverencia que besaría la de la Virgen Santísima. (Le besa la mano.) Esté usted segura de mi protección. Esta misma noche iré personalmente al Ministerio de la Guerra para exigir, así como suena, para exigir, del Ministro, una pensión para usted.

Isabel

(Conmovida.) ¡Mil gracias, señor, mil gracias! ¡Cuán bueno es usted! Ahora, me retiro. (Se levanta.) Hasta luego, señor. Que Dios colme a usted de bendiciones.

General

(De pie.) Adiós, Isabelita. Cuente conmigo como si fuera su padre. (Sale Isabel cerrando tras sí la puerta.) (Se pone las manos extendidas una después de la otra a la altura de la nariz y agita los dedos.) ¡Toma tu pensión, idiota! Tu virtud es un obstáculo para la satisfacción de este fuego que devora mis entrañas, y es necesario aniquilar esa virtud, estropear esa castidad para que puedas caer entre mis brazos. Eres una flor que el Destino puso en la boca de un infierno: la hoguera de mis pasiones. ¡Peor para ti! Que los astros salgan de sus órbitas si no te me entregan una vez que estés deshonrada. (Medita.) (Pausa.) (Se da una palmada en la frente.) ¡Ah, sí! La hago prender como prostituta clandestina; la darán su libreta, y entonces.... ¡será mía! (Se dirige

hacia el escritorio, se sienta y toma el teléfono.) (Pausa.) Con el General Cifuentes. ¿Hablo con el Inspector de Sanidad? (Pausa.) Una muchacha, de nombre Isabel, está ejerciendo la prostitución clandestina y constituye una amenaza para la salubridad pública. (Pausa.) Vive en la casa número 5 de la calle del Moro. En este momento ha salido de aquí y puede ser encontrada en el trayecto. Es agraciada, tiene el pelo negro, viste andrajos y debe tener como dieciocho años de edad. (Pausa.) Ruego a usted que no se dé a conocer el nombre de la persona que hace la denuncia. (Pausa.) Muy bien. (Cuelga la bocina.) Por algo soy General. ¿No conozco la estrategia? (Cambia la decoración.)

CUADRO SEGUNDO

Una calle de una de las principales ciudades de México. Alineados a la pared, siete u ocho mendigos de los dos sexos y distintas edades.

ESCENA I

Mendigos y Transeúnte

Mendigo Primero

(Al mendigo que está más próximo a él.) Mal pinta el día, don Manuel.

Mendigo Segundo

¿Qué día deja de ser malo para el desgraciado?

Mendigo Tercero

No os quejéis, hermanos, que nosotros mismos somos los responsables de la triste situación en que nos encontramos.

Mendigo Cuarto

(Mujer) ¿Nosotros los culpables? La mala suerte y nada más.

Todos

(Con excepción del tercero.) ¡Sí, la mala suerte y nada más!

Mendigo Tercero

No, amigos, míos: el infortunio que sufrimos no es hijo de la mala suerte, sino de nuestra testarudez, de nuestra obstinación en seguir conservando instituciones, que por tradición y por propia experiencia sabemos que son incapaces de asegurar al ser humano el bienestar y la libertad. A ver, ¿quién de vosotros cree que lo que se llama gobierno es bueno para los pobres? ¿Quién de vosotros cree que el hombre o la mujer de la clase trabajadora es más libre y goza de mayor bienestar en Alemania o en Estados Unidos, en Francia o en Turquía, bajo el Imperio o bajo la República?

Mendigo Primero

(Rascándose la cabeza.) El trabajador es desgraciado en todas partes.

Mendigo Segundo

(Escupiendo con rabia.) El Gobierno no tiene más que palo para el pobre, aquí y dondequiera.

Mendigo Cuarto

(Refunfuñando.) ¿Para qué hablar de todo eso? Eso por sabido se calla. (Todos dan muestras de asentimiento.)

Mendigo Tercero

Pues bien, si sabéis que todo gobierno es malo para los trabajadores, no os quejéis de vuestra suerte, sino de vosotros mismos, que con vuestra sumisión, con vuestra indiferencia, cuando no con vuestro apoyo personal, habéis contribuido a la conservación de esa institución nociva que se llama Gobierno. Yo mismo he sido uno de tantos. Este brazo lo perdí en una batalla. Yo era obrero antes de ser mendigo. Los políticos, hábiles y astutos, cierta vez que se vieron muy comprometidos ante el empuje arrollador de los trabajadores del campo, que tienen como divisa Tierra y Libertad, lograron trastornarnos de tal manera a los obreros de las ciudades, que nos hicieron firmar un pacto de alianza con los jefes de un partido político, comprometiéndonos a tomar las armas para batir a los campesinos y ofreciéndonos, en cambio, que cuando el partido triunfase se pondría la tierra a disposición de todos los que quisieran cultivarla, y se mejoraría en todos sentidos la condición del obrero. Total: que nos ensartamos. Triunfó el partido, y los trabajadores siguen siendo tan esclavos como antes. Los que ganaron fueron los políticos, los aspirantes a puestos públicos, y, naturalmente, los burgueses, contra los cuales se decía que era la campaña. Bien merecido lo tenemos por animales. ¿No sabíamos que ningún Gobierno puede ser bueno para los pobres?

Mendigo Primero

Yo perdí esta pierna en el combate del Saucillo. Mi General es ahora riquísimo; tiene automóvil y queridas, y se da la gran vida. Los soldados dimos nuestra sangre en beneficio de unos cuantos sinvergüenzas.

Mendigo Segundo

A mí me dieron trabajo los burgueses mientras tuve fuerzas para trabajar. Cuando ya no serví para nada, me echaron a la calle como a bestia vieja.

Mendigo Cuarto

Mi marido formó parte de un batallón de obreros: murió en una acción contra los trabajadores del campo, y quedé viuda con dos huérfanos. Un día de mucha hambre, mi hijo tomó un pan de una panadería, y fue fusilado por ladrón. Mi hija está en el lupanar; los jefes del batallón son ahora diputados y senadores, y yo pido limosna. (Levanta el puño al cielo y lo sacude amenazador.) (Colérica.) Día llegará en que el pobre empuñe el fusil, ya no para encumbrar a nadie, sino para su propio beneficio.

Todos

¡Sí! ¡Sí!

Mendigo Primero

Todo esto enseña a los pueblos que no hay que pedir, sino que tomar.

Mendigo Segundo

Si los trabajadores hubiéramos tomado, para el beneficio de todos, la tierra, la maquinaria, los medios de transporte y todo cuanto existe, sin esperar a que un gobierno nos diera esos bienes, otra sería nuestra suerte.

Mendigo Cuarto

¡Y todavía hay oprimidos que no saben cómo podrían vivir sin gobierno! (Pasa un transeúnte.)

Todos

¡Una limosna por el amor de Dios!

Transeúnte

(Sin detenerse.) ¡Perdonad, perdonad! (Pasa de largo.)

Todos

¡Ni un centavo, ni un centavo! (Pasan dos transeúntes elegantes.)

Todos

¡Una limosna por el amor de Dios!

Transeúnte primero

(A su acompañante.) Es una vergüenza, para el buen nombre de nuestra ciudad, que el Gobierno permita a esta gente asquerosa exhibir su deformidad y su mugre a la luz del sol. Debería tenerse un lugar donde amontonar toda esa basura viviente.

Transeúnte Segundo

Es precisamente lo que se hace en las grandes capitales de Europa: hay asilos para todos estos desperdicios humanos, como en nuestras casas hay desvanes para aglomerar los objetos inútiles.

Transeúnte Primero

Estos pedigüeños son verdaderos desechos sociales, que por decoro deberíamos ocultar. ¿A quién se le pudiera ocurrir sacar a la calle su vaso de noche y poner a la vista de todos sus desechos personales?

Transeúnte Segundo

Vámonos de prisa, porque huele mal esta canalla. (Saca su pañuelo y se lo lleva a las narices; el otro lo imita, y ambos se marchan a gran prisa.)

Mendigo Tercero

¡Infames! Ellos son la causa de nuestra desgracia, y nos desprecian. Cuando ya no servimos para trabajar, nos mandan a comer aire, como los camaleones. (Suenan dos campanadas.)

Mendigo Cuarto

¡Las dos de la tarde, y no he conseguido un solo centavo, ni he comido un bocado de pan!

Mendigo Segundo

¡Cuántos en este momento estarán arrojando a sus perros lo que yo no he podido conseguir para mis hijitos!

Mendigo Primero

Me desvanezco de hambre.

Mendigo quinto

(Niño de 7 años) (Sollozando.) ¡Tengo hambre! ¡Pan, pan, pan....!

Mendigo Cuarto

(Al niño.) ¿No tienes padres, niño?

Mendigo Quinto

(Sollozando.) Mi padre y mi hermano mayor murieron en una batalla. Pertenecían a un batallón rojo de obreros. ¡Tengo hambre! ¡Pan, pan, pan....!
(Entra Isabel vestida de andrajos.)

ESCENA SEGUNDA

Mendigos e Isabel

Isabel

¡Pan! Este niño quiere pan. ¡Dios mío, qué miseria! (Saca un pedazo de pan que lleva envuelto en un papel y lo da al niño, quien lo come vorazmente.) Toma, niño; este pedazo de pan es lo único que tengo para pasar el día, pero no puedo verte sufrir.

Mendigo Primero

¡Qué corazón tan noble de tan linda muchacha!

Mendigo Segundo

¡Sólo el que sufre puede comprender al que sufre!

Mendigo Tercero

Ella es pobre; pero eso es bueno.

Mendigo Cuarto

(Conmovida.) Hija mía, mereces otra suerte. (Entran varios gendarmes blandiendo los garrotes.)

ESCENA TERCERA

Los mismos, Gendarmes, Obreros Y Catrines

Gendarme Primero

(Golpeando a los mendigos.) (Con arrogancia.) ¡Ea, haraganes, vagos sinvergüenzas, dejad libre la calle que tanto afeáis con vuestra presencia! ¡Vamos, pronto!, desfilad a vuestras asquerosas madrigueras, donde no ofendáis la vista y el olfato de las personas decentes! (Los demás gendarmes imitan el ejemplo de su compañero y arremeten a golpes contra los mendigos. Se aglomera alguna gente de los dos sexos y de distintas condiciones sociales.)

Obrero Primero

(Al que le acompaña.) Mira, ¡y eso que triunfó la Constitución!

Obrero Segundo

Siempre te he dicho que todo gobierno es malo para los pobres. Mientras los pobres tomemos el fusil para derribar a un gobernante y poner otro en su lugar, no tendremos más que miseria y opresión. El remedio está en que los pobres nos unamos para derribar todo gobierno, y hacer que la tierra, la maquinaria, las casas, toda cuanto existe, sea propiedad de todos.

Gendarme Primero

(A la gente.) (Repartiendo golpes a los que visten humildemente.) ¡Ea, fuera mirones! ¡No entorpezcáis la acción de la justicia! (Se alejan un tanto las personas de traje humilde, Isabel inclusive, y sólo quedan cerca de los gendarmes las personas que visten con decencia.)

Obrero Primero

(Con ironía.) ¡La igualdad ante la Ley!

Catrín Primero

(A los gendarmes.) ¡Duro con esos pelados, vecino!

Catrín Segundo

¡Duro, duro con ellos! La plebe es una bestia que hay que domar a golpes.

Gendarme Primero

(Reparando en Isabel.) (A otro gendarme.) Oiga, compañero, ¿no será ésta la mujer que buscamos?

Gendarme Segundo (Examinando atentamente a Isabel.) La filiación que de ella tenemos, coincide exactamente con el aspecto de ésta.

Gendarme Primero

(A Isabel.) (Con aspereza.) A ver, tú, ¿cómo te llamas?

Isabel

(Alarmada.) ¿Por qué? ¿Qué se quiere de mí?

Gendarme Primero

(Colérico.) ¡Que digas cómo te llamas, sinvergüenza!

Isabel

(Asustada.) Pero ¿qué es lo que se quiere hacer conmigo, Dios mío? Yo nada malo he hecho.

Gendarme

(La toma por el brazo y la sacude brutalmente.) (Colérico.) ¡Que digas cómo te llamas! ¿No entiendes, animal?

Isabel

(Con angustia.) Isabel.

Gendarme Primero

(Triunfante.) ¡Ajá, Isabelita, acompáñeme a la cárcel!

Isabel

(Llorando.) ¡A la cárcel, Dios mío! (Al gendarme.) ¿Y por qué, señor, por qué he de ir a la cárcel? ¿A quién he perjudicado?

Gendarme Primero

(Brutal.) Vamos, vamos, no te hagas la inocente. ¿Quieres saber por qué vas a la cárcel? Pues bien, sábelo: porque no tienes libreta y ejerces la prostitución clandestina.

Los catrines

¡Ja, ja, ja...! ¡Una pájara de cuenta! ¡Buena alhaja! ¡A la cárcel con ella!

Mendigo Quinto

(Abrazándose a las piernas del gendarme primero.) (Suplicante y lloroso.) ¡No se lleve usted a la señorita, no se la lleve! ¡Mire que es muy buena! (El gendarme descarga un garrotazo sobre el niño y de un puntapié lo arroja lejos de sí.)

Gendarme Primero

(Al niño.) (Colérico.) ¡Para que no se te vuelva a ocurrir interponerte ente la justicia y el crimen! (A Isabel, quitándose el kepis y ofreciéndola cómicamente

el brazo.) Sírvase usted tomarse de mi brazo para conducirla a su casa. (Forma ostentosamente una reja con los dedos de ambas manos; los catrines ríen estruendosamente y aplauden.)

Isabel

(Rehúsa el brazo.) (Sollozando.) ¡Qué afrenta, Dios mío! ¡Qué negra deshonra! ¡Adiós, sueños rosados de hogar tranquilo y sonriente! ¡Adiós, José mío, olvídate, que nuestro amor purísimo queda aplastado bajo el peso de la vergüenza! ¡Qué desgraciada soy! (Los gendarmes la hacen caminar a empellones; los catrines ríen estruendosamente; los proletarios aprietan los puños indignados; mujeres proletarias lloran.)

Obrero Primero

(Sacudiendo el puño hacia el grupo de gendarmes que arrean a Isabel.) ¡La injusticia es la madre de la Revolución! (Cambia la decoración.)

CUADRO TERCERO

Interior de una cárcel; en un costado, la puerta con un ventanillo; en un rincón, un barril para inmundicias; presos desarrapados formando grupos o aislados aquí y allí

ESCENA ÚNICA

José

(Paseando solo.) ¡Qué atroz desasosiego! Siento como si todos los astros se hubieran desprendido del cielo y pesaran sobre mi pecho. ¡Me ahogo aquí,

dentro de estas cuatro paredes, donde se pudre la carne proletaria! La tumba no es tan horrible como la cárcel, porque siquiera los muertos no sienten. (Pausa.) ¡Pobre Isabel! ¡Pobre Isabel! ¿Qué será de ti durante estos largos meses de mi cautiverio? Sola, enteramente sola. (Pausa.) Si fuera fea, no me preocuparía mucho por ella, porque la fealdad es, hasta cierto punto, un escudo para la virtud; pero tan bella, tan linda, ¿cuándo no dejará de despertar deseos y de avivar apetitos? (Pausa.) Joven, bella, y pobre, las tres condiciones que hacen zozobrar la virtud. ¡Pobre amada mía! ¡Pobre Isabel! ¡Débil barca en medio de un océano embravecido por todas las incontinencias, azotado por todas las lujurias! (Pausa.) Yo no siento celos; no, no soy tan mezquino; pero mi corazón se oprime al pensar en tu suerte, en la suerte de todas las muchachas pobres, en la suerte de las hijas del pueblo seducidas por el burgués, que hace de los hombres carne de fábrica, de presidio o de cuartel, y de las mujeres, carne de lupanar y de hospital. (Continúa paseando.)

Preso Primero

(A sus compañeros de uno de los grupos.) Llevo ya seis meses en este maldito encierro, y todavía no me juzgan.)

Preso Segundo

(Dirigiéndose al primero.) Pues, hermano, para que te pase lo que a mí, no urge que te juzguen. Hoy, a las diez de la mañana, fui sentenciado a quince años de penitenciaría por el costal de maíz que me apropié de la bodega de don Saturnino. Yo voy al presidio por el costal de maíz que necesitaba para que mi familia no pereciera de hambre, y él, que ha robado al pueblo vendiendo caro su maíz agorgojado para despilfarrar el dinero en francachelas, ahí está reventando de gordo, rico y respetado.

Preso Primero

No sé cómo me irá; pero sea cual fuere mi suerte, quiero saberla pronto. Mi mujer está en cama y enferma, y mis hijos abandonados corretean por las calles buscando un pedazo de pan.

Preso Segundo

Perra vida la nuestra, hermanos. El taller, el presidio y la muerte, ¡he ahí nuestro destino.)

Preso Tercero

Y así seguirá siendo mientras los proletarios no formemos un solo cuerpo y acabemos con la propiedad privada, haciendo de todo la propiedad de todos.

Preso Primero

¡Qué mal gobierno tenemos!

Preso Segundo

¿Me puedes señalar uno bueno?

Preso Tercero

Ni con la linterna de Diógenes se encuentra uno bueno.

José

(Sin dejar de pasear.) El pueblo comienza a comprender la causa de su infortunio. ¡Ah, infame sistema de la propiedad privada, tus días están contados! (Una voz desde el ventanillo: ¡José Martínez!) (Suspende su paseo.) ¡Presente! (La misma voz: ¡una carta!) (Se precipita al ventanillo y recibe una carta que alarga un brazo.) (Emocionado.) ¡Una carta! (Ve la letra del sobre.) ¡Y es de Isabel! (Reanuda su paseo.) No quisiera abrirla. ¡Sufro tanto al enterarme

de todo lo que ella sufre! Ya sé lo que va a decirme: qué no ha encontrado trabajo; que no ha podido conseguir la pensión a que tiene derecho por la muerte en campaña de sus dos hermanos; que se siente sola en el enorme mundo. No, no leo la carta, sobre todo en este momento en que me siento embargado de una tristeza abrumadora. Después la leeré. (Se guarda la carta en el seno.) (Pausa.) (Suspirando.) No puedo resistir a la tentación de leer la carta. (Saca del seno la carta, procura que nadie le vea y la besa.) (Temblando al abrirla.) Parece que voy a cometer un crimen. (Lee, y mientras lee suspira y solloza.) (Con angustia.) ¿No me engañarán mis ojos? (Vuelve a leer, a suspirar y a sollozar.) (Con angustia.) ¡Oh, mis sentidos me engañan! ¡Es que mi mente está conturbada y leo tal vez que lo que no está escrito en el papel! Pero no, no me engaña la vista: está bien clara la letra. (Vuelve a leer, esta vez en voz alta.) "José, olvídate. Todo ha terminado entre nosotros. Estoy acusada de ejercer la prostitución clandestina, y esta tarde, tal vez cuando pases tus ojos por estas líneas, ya tendré mi patente de infamia, esto es, mi libreta de prostituta. No te pido perdón porque soy inocente víctima de quién sabe qué infame intriga. En este momento soy pura todavía; pero después ya no lo seré porque así lo ha querido la maldad humana. Mi gran ilusión era unirme a ti pura. Más ya que eso no es posible, renuncio a tu amor, y sepulto los despojos de mis ilusiones bajo la losa del olvido. Adiós; que seas feliz, ya que yo no puedo serlo siendo dueña de tu amor.-Isabel". (Solloza.) (Pausa.) (Con desesperación.) ¡Sepulcros, vomitad vuestros cadáveres! ¡Mares, vaciaos sobre la Tierra! ¡Soles, desplomaos si el dolor y el infortunio del ser humano no se convierten en rebelión!

ACTO TERCERO

Salida de un lupanar de alto rango; puertas laterales; balcones en el fondo.

ESCENA PRIMERA

Isabel Y Lucrecia

Isabel

(Sentada; la frente ente las manos; vestido vistoso.) (Levanta la cabeza y suspira.) (Con tristeza.) ¡Corazón, corazón, lates todavía! (Pausa.) Salpicado de fango, yo pensaba, y lo deseaba, que acabarías por hacerte insensible; pero te conservas intacto y siento dentro de mí las vibraciones más sutiles de tus más delicadas fibras. (Pausa.) Vives, corazón, para mi tormento. Maté mis ilusiones; pero ha quedado vivo el recuerdo, desquite gentil del tronco que perfuma el hacha que le hiere; exquisita venganza de la mariposa que dora los dedos crueles que estrujaron sus alas. (Pausa.) (Con desesperación.) ¡José...! ¡José...! ¡José...! (Llora.) (Entra Lucrecia; vestido vistoso.)

Lucrecia

(Va hacia Isabel y se sienta a su lado, estrechándola en sus brazos.) (Con dulzura.) Procura olvidar, buena amiga mía, procura olvidar. Mira que, si lloras, vas a acabar por hacerme llorar a mí también. (Isabel continúa llorando.) (Pausa.) (Compasiva.) ¡Olvida, olvida...! (Pausa.) (Se escuchan a lo lejos, ejecutadas en el violín con gran emoción, las dos partes de "La Paloma.") ¡Oh, qué tristeza! (Solloza.)

Isabel

(Estrechando a su vez a su amiga.) (Compasiva.) ¿Lloras?

Lucrecia

Tu dolor, mi dolor, y esa música en cuyas notas vibra el dolor de un alma atormentada, serían capaces de hacer gemir una piedra. (Suspira.)

Isabel

Es Leonor, que toca en su cuarto. ¡Cuánto sufre esa pobre amiga nuestra!

Lucrecia

¿Quién es feliz aquí? Con excepción de doña Chole, la dueña de la casa, nadie está contenta: sufrimos todas. ¡Las hijas de la alegría! ¡Qué amargo sarcasmo!

Isabel

¡Qué injusticia! Hijas del dolor, hijas del infortunio, eso es lo que somos.

Lucrecia

Hoy recibí una carta de la señora que cuida de mi hija, que me ha hecho llorar lágrimas de sangre. La niña está dotada de una precoz inteligencia para sus seis años. Con frecuencia pregunta: "¿Por qué no vive mi mamá conmigo? Todas las mamás viven con sus hijitos." A lo que la señora le contesta: "Tu pobre madre tiene que trabajar de día y de noche para que no te falten la comida, el vestido y una camita muy linda y muy blanca, en que hagas ru, ru." "¡Ah, replica la inocente, qué buena es mi mamá! Cuando yo crezca, seré como mi mamá con mis hijitos." (Solloza.)

Isabel

(Abrazándola.) ¡Valor! ¡Valor!

Lucrecia

Todas las madres se regocijan de ver crecer a sus hijos, y ansían verlos grandes, hechos y derechos; pero lo que para una madre normal es un placer, constituye un suplicio para la desgraciada prostituta. Con qué terror veo acercarse cada aniversario del nacimiento de mi hija. "Un año más, me digo, un año más del desarrollo de la razón de este pequeño cerebro." ¡Cuán pronto será imposible ocultar la verdad a esta niña inocente! ¡Dios mío, qué vergüenza! (Solloza.)

Isabel

¡Oh, sociedad hipócrita! ¡Tú haces a la prostituta, y a la prostituta dejas la tarea de avergonzarse de tu obra!

Lucrecia

Al principio me forjé la ilusión de que permaneciendo en esta casa unos tres o cuatro años, podría ahorrar el dinero suficiente para salir de este antro del vicio, recoger a mi hija y marcharnos muy lejos, adonde no se conociera mi vergüenza; pero han pasado tres años, y la niña crece, crece rápidamente, y yo no cuento con ahorros porque no ha sido posible hacerlos. Aquí, como en todas partes, es el patrón el único que gana. (Con desesperación.) ¡Ayúdame, Dios mío!

Isabel

Dios es sordo a los ruegos de los humildes. ¡Venganza! ¡Venganza!

Lucrecia

(Suspirando.) ¡Ah, sí, es verdad! Dios no ha oído mis súplicas. Cuando me cortejaba el dueño de la fábrica en que yo trabajaba, no cesaba de pedirle a Dios su ayuda. Al levantarme y al acostarme pedía al cielo con fervor: "¡Dios

mío, no permitas mi caída! ¡Dios mío, consérvame pura!" El patrón, al ver mi resistencia, recurrió a la más vil astucia: cierto día me llamó a su despacho para que le explicase algunos detalles del trabajo, y como hiciera mucho calor, me obsequió con un refresco. No supe más de mí. Me había dado un narcótico. Cuando volví en mí, ya no era pura. Llorando le manifesté mi situación. "No tengas cuidado, me dijo, yo te protegeré." Pero cuando más tarde le anuncié que llevaba en el seno el fruto, de su criminal atentado, me despidió de la fábrica y pasó mi nombre a todos los establecimientos fabriles en que pudiera encontrar trabajo, para que no se me admitiese. ¿Qué me quedaba por hacer? Ingresar al único lugar en que podía ser admitida: ¡el lupanar! (Solloza.)

Isabel

¡Y con todo eso, la sociedad hipócrita e injusta, nos llama "las hijas de la alegría!"

Lucrecia

¡Alegría...! ¿Cuándo la sentimos las condenadas a este infierno? El vino, las luces, las sedas, los perfumes, sólo sirven para adormecer nuestros tormentos. ¡Ah, y cuántas veces para exacerbarlos! ¿Quién podrá sentir alegría en este antro del fingimiento y de la mentira? (Se escucha el rodar de un carruaje por la calle, que se detiene debajo de los balcones.) ¿Quién podrá ser? (Corre hacia un balcón, abre, se asoma y cierra en seguida.) ¡Es el General!

Isabel

¡Ah, mi amigo! ¡Tan desinteresado y tan bueno!

Lucrecia

¡Cuidado, Isabel! No te fíes de la bondad, del desinterés y de la abnegación de los poderosos. ¡Yo quisiera que todos ellos tuvieran una sola cabeza para arrancarla de un tajo!

Isabel

Yo también; pero este hombre poderoso constituye una excepción. Este es tan bueno... Voy a mi cuarto a esperar que me llamen.

Lucrecia

Vamos, y de paso te daré algunos consejos. Eres todavía tan inexperta... (Salen.) (Entran doña Chole y el General, vestido éste de paisano.)

ESCENA SEGUNDA

General Y Doña Chole

Doña Chole

(Mirando para todos los lados.) Creí que estaba aquí Isabel. Corro a decirla que está usted aquí, señor General. (Se dispone a salir.)

General

(Tomándola precipitadamente de un brazo.) Un momento, doña Chole. (Doña Chole se detiene.) Antes quiero que me informe usted acerca del estado de ánimo en que ese encuentra Isabel, para que, en vista de ello, formule yo mi plan de ataque. Nosotros, los militares, tenemos en gran concepto la estrategia. ¡Ja, ja, ja...!

Doña Chole

Está tristonra la muchacha. Yo creo que está enamorada de algún José, porque varias veces que he aplicado el oído a la puerta de su cuarto, cuando ella se cree sola, la he oído pronunciar ese nombre. (Con desprecio.) Algún pelado, sin duda.

General

Sí, doña Chole, un pelado, y, lo que es peor, ¡Un anarquista!

Doña Chole

(Santiguándose.) ¡Ave María Purísima!

General

Un criminal peligrosísimo, que acaba de salir de la cárcel

Doña Chole

(Santiguándose.) ¡Santo Dios!

General

Un corruptor de las masas trabajadoras.

Doña Chole

¡Quiera Dios que no nos corrompa a Isabel!

General

Figúrese usted que en sus pláticas con la plebe trata de hacer creer que todos aquellos que no empuñamos la herramienta del trabajo, somos unos parásitos que consumimos sin producir.

Doña Chole

¡Qué lengua, ¡Dios mío!, qué lengua!

General

Pero no es eso todo: lo peor es que alega que todos nosotros, a quienes él llama parásitos, debemos desaparecer para que la humanidad llegue a ser libre y feliz.

Doña Chole

¡Qué barbaridad! Si eso se realizase tendría yo que cerrar mi establecimiento, porque no encontraría hambrientas que quisieran venir a dar servicio aquí por un pedazo de pan. Se puede decir que es ésta una institución de beneficencia: ¿qué harían sin la existencia del lupanar las desgraciadas que no tienen qué comer? ¡Se morirían de hambre.

General

Y sin ricos, ¿quién patrocinaría los lupanares?

Doña Chole

¡Esos anarquistas son unos bandidos! ¿Por qué no los fusilará el Gobierno?

General

Los fusila, pero brotan como hongos. Las cárceles de todo el mundo están llenas de ellos; pero surgen más y más, y sus doctrinas disolventes lo invaden todo, penetran por todas partes, y son especialmente acariciadas por la hez de la sociedad, la canalla que habita pocilgas y se roe los codos de hambre, la pelusa, ¡la maldita pelusa! ¡Yo quisiera que todos los pelados tuvieran una sola cabeza para arrancársela de un tajo.

Doña Chole

No lo permita Dios, señor General; ¿quién trabajaría entonces para los que vivimos en la holganza?

General

Piensa usted sabiamente, doña Chole: es mejor conservar esa canalla, como consentimos que vivan las bestias, para que trabajen. ¡Ja, ja, ja...! Ahora sí, llame usted a Isabel.

Doña Chole

En seguida, señor General. (Sale.)

General

La plaza está fuertemente artillada, y necesito hacer uso de mi mejor táctica. ¡No se tomó Zamora en una hora! Si ataco directamente, corro el peligro de salir derrotado, y de quedar derrotado para siempre. Ni atacaré directamente ni haré uso de todas mis fuerzas. Con esta estrategia, si algunas de mis fuerzas son derrotadas, me quedan todas las demás para continuar el asedio hasta lograr la rendición de la fortaleza. Su pudor, mancillado ahora, es un obstáculo menos. Mas queda en pie un obstáculo a prueba de mis cañones de sitio: su

amor por ese José. Ese es el baluarte que hay que demoler para tocar enseguida a asalto a degüello. ¡Ah, se me ocurre una idea luminosa! ¡Bendita sea la estrategia! Mi amigo el presbítero Ordoñez salvará la situación. Yo lo he salvado a él de más de un conflicto y ahora le toca pagarme. Yo lo saqué del atolladero cuando querían enviarlo a la penitenciaría por quién sabe qué travesurillas que hacía en la sacristía con las muchachas de la parroquia. No podrá negarse a servirme, induciendo a Isabel a que olvide a ese José, ¡anarquista maldito que en los infiernos se tueste! Yo continuaré en mi papel de protector paternal, desinteresado y abnegado, y con mi constancia lograré al fin que se arroje en mis brazos ofreciéndome sus besos... ¡Momento ambicionado con todos los ardores de mi sangre turbulenta! (Pausa.) ¡Sopla, sopla, pasión, que tu soplo aviva el fuego que arde en todo mi ser! ¡Peor para las virtudes que se hallen a mi paso! (Se pasea.) (Entra Isabel.)

ESCENA TERCERA

General e Isabel

Isabel

(Entrando.) Buenos días, mi buen protector.

General

(Yendo a su encuentro con los brazos abiertos.) (Buenos días, hija mía.) (La abraza.)

Isabel

Siéntese usted, que ha de venir cansado. (Se sientan.)

General

En verdad que estoy rendido de fatiga. (Abanicándose con el sombrero.) ¡Uf, qué calor! He dado más vueltas que una ardilla, de aquí para allá y de allá para acá. Como sabes, logré que el ministro de la Guerra firmara la orden concediéndote la pensión a que tienes tan justo derecho; pero la intriga y la maldad no desperdicia ocasión para causar daños. Se recibió en el Ministerio un anónimo en que se te denunciaba como pupila de este establecimiento, y el Ministro revocó su acuerdo después de haberse cerciorado de que, efectivamente, te encontrabas aquí. ¡Mira qué fatalidad! ¡Cómo hay hombres que tienen corazón para llevar a cabo semejantes infamias!

Isabel

(Con angustia.) ¡Qué infamia! Era mi única esperanza de salvación. Una ilusión más que se marchita ¿Quién será ese infame delator? (Solloza.)

General

(Compasivo.) No llores, hija mía, que cuentas con un amigo sincero y leal que nada exige de ti, y que sólo se preocupa por tu bien. No llores, que no estás sola en el mundo. Siguiendo con la cuestión de la delación, he logrado saber que ayer por la mañana, antes de que se abrieran las oficinas del Ministerio, un joven obrero se acercó a la puerta cerrada, y deslizó un papel por un resquicio. Eso lo vio el barrendero que hace el aseo de los corredores, y logró, además, reconocer a ese joven, a quien se ha visto siempre complicado en huelgas y otros conflictos obreros.

Isabel

¿Será él?

General

¿Quién?

Isabel

(Con dolor.) ¿José?

General

(Como tratando de acordarse.) José....José.... ¡Sí, ése es el nombre del joven!
Un obrero tejedor.

Isabel

(Con dolor.) José Martínez.

General

¡El mismo! Ese es tu denunciante. ¿Lo conoces?

Isabel

(Con desesperación.) ¡Tierra, ábrete y trágame! (Solloza.)

General

(Acariciándola.)

Calma, calma. ¡Qué estúpido soy con causarte tanta pena! ¡Si hubiera yo adivinado que mis palabras te iban a hacer sufrir, no te habría contado nada!
¡Pobrecita hija mía! Tu corazón atormentado necesita los consuelos dulcísimos

de la religión. Ya no llores, niña querida. Voy en busca de un sabio sacerdote, un santo varón, dechado de virtudes, para que venga a tener una plática contigo. ¡Nada mejor como la religión para los que sufren! (Levantándose.) Con que, ánimo. Sabes que cuentas con un amigo leal, que soy yo. Voy en seguida a por el padre Ordóñez. ¡Se me parte el corazón ante tu dolor. Hasta luego. (La besa la mano y sale. Isabel permanece sollozando. Después se escucha el ruido de un carruaje que se aleja.) (Entra doña Chole.)

ESCENA CUARTA

Isabel Y Doña Chole

Doña Chole

Ea, Isabel, no llores. Ánimo, ánimo, que esta noche es necesario que reine la alegría en esta mansión del placer. Tendremos como huéspedes de honor a diputados senadores, Generales, jueces, magistrados tal vez hasta un ministro de Estado nos honre con su presencia, y es preciso no ponerles caras hurañas para que la casa no pierda su buen nombre. Anda, ánimo, tómate una copita de coñac, y verás cómo te alientas. Mira, te daré del que tengo para mi propio uso. Con él, hasta los muertos resucitan.

Isabel

(Con tristeza.) Gracias, doña Chole, no apetezco el vino en este momento. Deseo morir.

Doña Chole

¿Morir? ¿Una muchacha tan linda como tú y de tanto porvenir? Vamos, que debes tener muy trastornado el cerebro cuando piensas en esas cosas tan feas.

Isabel

Es que soy muy desgraciada.

Doña Chole

En tus manos está tu felicidad. Mira, procura ser cariñosa con los clientes de la casa; procura agradecerles, y estoy segura de que no faltará algún personaje que te ponga casa rica, con carruaje, lacayos y manojos de billetes de Banco. Todo depende de tu comportamiento. Al alcance de tus manos está la gran vida. ¡Aprovéchate!

Isabel

(Suplicante.) No me atormente usted, doña Chole. Mi ideal de felicidad no es el lujo y la ostentación, sino la tranquilidad de mi conciencia.

Doña Chole

¡Oh, joven inexperta! A la conciencia se la ahoga en vino. ¡Ja, ja, ja...! (Se escuchan tres fuertes aldabonazos del lado de la calle.) ¿Quién será? (Va hacia un balcón, abre, se asoma y vuelve a cerrar.) (Con admiración.) ¡Es un padre!

Isabel

Viene a verme.

Doña Chole

Voy a hacerle entrar. (Sale.) (Isabel esconde la cabeza entre las manos.) (Entra Ordóñez.)

ESCENA QUINTA

Isabel Y Ordóñez

Ordóñez

(Da un paso hacia adentro.) ¡Ave María Purísima! (Se santigua.) (Dirigiéndose hacia Isabel.) Buenas tardes, hija mía.

Isabel

(Levanta la cabeza.) (Con tristeza.) Buenas tardes, padre.

Ordóñez

En tus ojos, hija mía, veo asomarse la tristeza.

Isabel

Soy muy desgraciada.

Ordóñez

Lo sé, hija mía. El señor General, esa buena alma que Dios ha puesto en la Tierra para aliviar la suerte de los que sufren, me ha puesto al corriente de todo, y he venido a ofrecerte los consuelos de la religión.

Isabel

Gracias, padre, gracias. ¡Cuán bueno y generoso es el General!

Ordóñez

No hay palabras, hija mía, para alabar, para ensalzar las acciones de ese varón justo y abnegado, y no se puede menos que dar gracias a Dios por haber depositado en el corazón de ese hombre los tesoros de su divina bondad. Yo quisiera que todos los infieles, que todos los ateos, que todos los herejes tuvieran la feliz oportunidad de conocer al General para que se convencieran de que hay un Dios, porque solamente un Dios puede inspirar acciones tan bellas como las del General. El General es un ángel, hija mía, que Dios envió a la Tierra para que nos sirviera de ejemplo a los pecadores. (Alzando los ojos.) ¡Albada sea tu sabiduría, Dios grande y poderoso! ¿Qué seríamos los hombres sin los modelos que Tú nos envías? ¡Un conjunto espantoso de bestias feroces, que se destrozarían las unas a las otras!

Isabel

¡Ay, padre, a cambio de un hombre bueno, cuántos hay perversos!

Ordóñez

Así lo ha querido Dios, hija mía, para que a la vista de tales monstruos nos apartemos de ellos con horror y huyamos del crimen. Dios, en su alta sabiduría, nos presenta esos engendros espantosos para hacernos suspirar por la virtud. Por ejemplo: ¿me puedes citar un ser más monstruoso que el malvado que influyó ante el Ministro para que no se te concediera la pensión? Ese no puede ser un hombre; ése es un engendro del demonio; tal vez es el demonio mismo.

Isabel

¡Ay, padre, me acuso de haber amado a ese monstruo!

Ordóñez

Pero ¿es cierto eso que me dices, hija mía? ¡Ah, infortunada!; ¡con razón te dejó Dios de su mano! He ahí por qué te encuentras en esta situación. Tu

honra, perdida; tu porvenir, desbaratado. El sólo hablar con esos monstruos, mancha. ¡Ay, hija mía, estás en pecado mortal y tu alma será rechazada por Dios cuando mueras, y sufrirás infierno aquí e infierno más allá de la tumba.

Isabel

(Con angustia.) ¿Qué haré, padre, qué haré para salvar mi alma?

Ordóñez

Olvidar a ese hombre, y si llegas a encontrarlo, huir de él como del demonio en persona.

Isabel

(Contrita.) Ofrezco hacerlo así, padre.

Ordóñez

(Consultando su reloj.) ¡Dios santo, qué tarde es! Tengo que volar para estar presente en el rosario. Ahora, hija mía, todo depende de tu firmeza de propósitos. Mañana vendré a verte con más calma, para que continuemos nuestra plática. Que Dios quede contigo. (La da a besar su mano y sale.) (Isabel esconde la cabeza entre las manos y solloza.) (Entran doña Chole, Lucrecia, Leonor, y dos jóvenes mujeres más, que se acomodan en las sillas.)

ESCENA SEXTA

Isabel, Doña Chole; Lucrecia Y Leonor

Doña Chole

(A Isabel.) Basta, Isabel, basta, que es hora en que tiene que llegar la clientela, y es preciso estar todas alegres. Está tu plato servido en el comedor; ve a cenar y vuelve en seguida.

Isabel

No ceno esta noche. Me siento muy mal.

Doña Chole

Haz lo que gustes, menos llorar ni poner cara afligida. Es bueno que te preocupes un poco por el buen nombre de la casa. La profesión nuestra es alegrar, y debemos comenzar por estar alegres.

Lucrecia

¡Qué tormento!

Leonor

¡Cruel tortura! (Se escuchan unos aldabonazos del lado de la calle y voces de gente ebria. Un canto: De este sabroso vino la blanca espuma, la blanca

espuma, aleja de la pena la negra bruma, la negra bruma, seguido de gritos descompuestos y risotadas.)

Doña Chole

(Levantándose.) Es la clientela. Voy a abrir. ¡Alegrarse, muchachas, alegrarse!
(Sale.)

Isabel

¡Alegría, cuando el corazón llora sangre!

Lucrecia

¡Reír, cuando el dolor roe nuestras entrañas!

Leonor

¡Besar, cuando el corazón rebosa odio y venganza! (Aparece doña Chole, seguida de cinco sujetos elegantes y ebrios, y un criado con botellas, una charola y copas.)

ESCENA SÉPTIMA

Las mismas y Catrines

Catrín Primero

(Entrando.) Sacerdotisas de Venus, yo os saludo. (Se sienta al lado de Isabel, a quien abraza.)

Catrín Segundo

(Entrando.) A vuestros pies, nereidas. (Se sienta al lado de Lucrecia, haciéndola objeto de grotescas atenciones.)

Catrín Tercero

(Entrando.) Sílfides, soy vuestro esclavo. (Se sienta al lado de Leonor, colmándola de mimos.)

Catrín Cuarto

(Entrando.) Musas del amor, mis respetos. (Se sienta al lado de una muchacha, haciendo payasadas.)

Catrín Quinto

(Entrando.) Hadas, he aquí a vuestro paje. (Se sienta al lado de la otra muchacha, gesticulando y riendo a carcajadas.) (El mozo sale.)

Catrín Primero

¡A ver las copas!

Doña Chole

Voy en seguida. (Vierte un licor en las copas y la pasa a los concurrentes. Isabel no acepta.)

Catrín Segundo

¡Música!

Doña Chole

La orquesta está en la otra pieza. Voy a decir a los músicos que entren.

Catrín Tercero

No, no, que se vayan a acostar los de la murga. Por esta vez tenemos con el vino.

Catrines

Sí, que se vayan a dormir. (Ríen y gritan.) (Todos permanecen con las copas en la mano.)

Catrín Primero

(Mostrando la copa a todos.) ¡Salud! (Todos, excepto Isabel, repiten: ¡Salud! y beben la copa de un sorbo.) ¡Más copas! (Doña Chole sirve licor en las copas y las distribuye.)

Catrín Segundo

(Al primero.) Oiga, señor juez, ¿será usted capaz de sentenciar mañana, en la calificación, a los borrachines a mes y vuelta?

Catrín Primero

¡El deber ante todo, señor diputado! ¿Y usted tendrá hígados para apoyar en la Cámara el proyecto de ley contra las destilerías y la fabricación del pulque?

Catrín Segundo

¡Claro que sí! ¡No faltaba más! ¡Y hasta predicaré la temperancia! ¡Ja, ja, ja...!
(Doña Chole reparte las copas, que todos apuran de un sorbo, con excepción de Isabel, que rehúsa la suya.)

Catrín Tercero

¡Más copas!

Catrín Cuarto

¡Basta de copas! ¡Eso es vulgar! Ahora, ¡a pico de botella! (Todos, visiblemente ebrios, celebran la ocurrencia con risotadas y gritos destemplados. Doña Chole distribuye cinco botellas entre los hombres y ella se queda con una. Todos dan grandes sorbos y hacen beber a sus compañeras, con excepción de Isabel.)

Catrín Quinto

(Al tercero.) General, bebamos a la salud de los soldados que ganaron las batallas para usted.

Catrín Tercero

Sí, a la salud de la carne de cañón y del peladaje en general. No olvidemos en nuestras alegrías a los que se sacrificaron por nosotros.

Catrín Cuarto

Sí, no olvidemos a las abejas laboriosas que producen la miel para nosotros. ¡Ja, ja, ja...!

Catrín Primero

Sí, bebamos a la salud de las abejas humanas que son tan bonachonas que dejan con vida a sus zánganos. ¡Ja, ja, ja...! (Todos ríen; el catrín segundo rueda por el suelo con Lucrecia, perfectamente ebrios.) (Doña Chole y Leonor caen por su lado.)

Catrín Tercero

(Señalado al segundo.) He ahí al que predica la temperancia y aboga por la prohibición de la fabricación de alcoholes. ¡Ja, ja, ja...! (El catrín primero se desploma, ebrio.) (Señalándolo.) Y éste privará mañana de su libertad a los borrachines que caen en la vía pública. ¡Ja, ja, ja...! ¡Qué mundo éste! ¡Qué mundo...! (Cabeceando.) ¡Qué...mundo...! (Rueda insensible.) (La muchacha del catrín cuarto rueda también.)

Catrín Cuarto

(Señalando al tercero.) ¡Ja, ja, ja...! ¡El General! Este no cayó en los campos de batalla porque siempre se mantuvo a respetables kilómetros de distancia; pero en el lupanar, es todo un héroe... ¡Ja, ja, ja...! (Rueda a su vez balbuciendo incoherencias, ocurriendo lo mismo con el resto excepto Isabel.)

Isabel

(Contemplando el cuadro.) ¡Dios mío, sácame de este infierno! ¡Sálvame! ¡Qué cosas he oído, Dios mío! ¡Harían enrojecer de vergüenza a una piedra! (Pausa.) Tengo miedo; entre muertos me sentiría más tranquila. (Solloza.) Lloro,

corazón, llora tu orfandad, que estás solo. El que latía contigo, el que te hizo sentir los dulces estremecimientos del amor, se ha tornado perjuro y traidor. (Pausa.) Madre, ¿por qué no me llevaste contigo? Mira que todo es triste para el triste: triste el vino que exagera nuestros pesares; triste el día que con sus galas lastima el luto del corazón; triste la noche en que las estrellas tiemblan como lágrimas frías. (Esconde la cabeza entre las manos y permanece inmóvil.) (Entra José.)

ESCENA OCTAVA

Isabel Y José

José

(Mirando en todas direcciones.) Aquí es. (Baja la vista.) (Con sorpresa.) Pero ¿qué es esto? ¡En qué pantano ha caído Isabel! Pobres mujeres, víctimas de un sistema que la cobardía humana no se atreve a demoler. (Se acerca a las mujeres caídas y las ve de cerca.) No es ésta Isabel, ni ésta; ésta tampoco es. ¿Será ésta? No, ni ésta. (Reparando en Isabel, se dirige hacia ella.) Ha de ser ésta. (La levanta la cabeza.) (Con dolor.) ¡Isabel! (Trata de estrecharla en sus brazos.)

Isabel

(Con horror.) (Grita.) ¡Ah! (Se pone en pie y lo rechaza.)

José

(Con ternura.) ¿Qué tienes, amor mío? ¡Ah, pobrecilla, debes estar muy nerviosa! Mírame, ¡soy José!

Isabel

(Con energía.) ¡Retírate, demonio; no me tientes!

José

(Con ternura.) Soy José. ¡Ah, cuanto has de haber sufrido para no reconocermene en seguida!

Isabel

(Con energía.) ¡Retírate! ¡No te amo, te odio!

José

(Con amargura.) Si soy José, ¡reconóceme!

Isabel

No estoy trastornada; sé bien que eres José, un traidor, un malvado. ¡Te aborrezco!

José

(Con dulzura.) Vendré mañana, que quizás estarás más calmada. Te he buscado por media ciudad desde que salí de cárcel, sin lograr encontrarte hasta ahora. Mañana vendré.

Isabel

No vengas. Te digo que te aborrezco. (Con energía.) ¡Retírate! ¡Retírate, miserable!

José

(Con dulzura.) No me ofendo por lo que me dices. Comprendo perfectamente que esta vida que se te ha forzado a arrastrar, ha trastornado tu cerebro. Yo te amo, Isabel, con la misma sinceridad de siempre, y he venido a invitarte a que compartas conmigo las penalidades y las escasas satisfacciones que nos ofrece la vida a los pobres.... (Isabel le aplica una cachetada, le escupe al rostro y sale corriendo.) (Se limpia el rostro.) ¿Será esto una realidad? ¿No estaré siendo víctima de una alucinación? (Pausa.) No puedo creer que me odie, ¡no lo puedo creer! (Con amargura.) ¡Ah, sí es realidad! No sueño; sí, ella me ha lanzado al rostro su saliva. Pero no la culpo a ella, víctima inocente de la maldad social, que garantiza la dicha y la felicidad de los de arriba con el dolor y con las lágrimas de los de abajo.

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Sala de sesiones de una organización obrera. Una mesa con periódicos y libros. Sillas de tule. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

José

(Sentado junto a la mesa en actitud pensativa.) (Se escuchan campanadas.) (Levantándose.) Las siete de la noche. No tardarán en llegar los compañeros. (Pasea a lo largo de la sala. Se acerca a una de las puertas y aplica el oído.) Ningún ruido viene de la calle, ni el más leve rumor. Doce horas de huelga general han sumido a esta bulliciosa ciudad en una quietud sepulcral. Ni un tranvía, ni un carruaje circulan por las calles. ¡Qué éxito tan lisonjero en cuanto al paro general: la masa se aceda en los amasijos porque no hay quien cueza el pan; el zapatero descansa; el andamio ha suspirado todo el día por el albañil; la máquina extraña el aliento fatigado de su esclavo: el obrero. Éxito feliz, en suma, de la solidaridad de la clase productora, ¡ay!, pero no se harán esperar las represalias de nuestros verdugos. Ellos no nos perdonarán nunca que hayamos encontrado al fin los trabajadores que la vida de la sociedad depende de nosotros, pues nos basta cruzarnos de brazos para que cese toda producción (Pausa.) (Suspira.) ¡Otra vez el mismo pensamiento! No puedo olvidar, no puedo olvidar. Yo quisiera no pensar más en Isabel, olvidarla por completo; pero su recuerdo ocupa mi mente, avivado a cada instante por los mil detalles de la vida. Veo una mujer hermosa, y en el acto se me presenta la imagen de Isabel; veo parar una prostituta, y el corazón se me oprime pensando en Isabel: el dolor, la miseria, el infortunio, todo lo que es triste, evoca en mí el recuerdo de Isabel, y, por contraste, todo lo que es placentero y risueño. (Entra Manuel, vestido con pulcritud.)

ESCENA SEGUNDA

José Y Manuel

Manuel

(Entrando.) ¡Salud, José!

José

¡Salud, Manuel! (Se estrechan la mano.)

Manuel

¡Qué cansado estoy! (Se sienta.) No me he sentado en todo el día, andando de aquí para allá para de allá para acá. ¡El paro es completo! Ninguna industria se mueve. (Consultando su reloj.) ¡Caramba, se está haciendo tarde y no estamos aquí más que tú y yo! Van a ser las siete y media y no se reúne el comité de la huelga. (Se escucha rumor de voces de afuera y aparecen tres obreros.)

ESCENA TERCERA

Los mismos y Obreros Primero, Segundo y Tercero

Obreros

(Entrando.) ¡Salud, compañeros! (Se dirigen a las sillas y se sientan.)

José Y Manuel

¡Salud, compañeros!

Obrero Primero

(Vestido con pulcritud.) Poco ha faltado para que no hubiéramos asistido a este mitin.

Obrero Segundo

García, Hernández y cinco compañeros más, que venían delante de nosotros, fueron arrestados por la policía.

Obrero Tercero

Nosotros tres nos salvamos porque fingimos no venir con ellos. ¡Qué barbaridad!

José

¿Y de qué se les acusa?

Obrero Primero

Al pasar oímos que el policía que hacía de cabeza de la patrulla de aprehensores, decía: "¡por traición a la patria!"

José

Más claro no puede estar que lo que se nos enseña a amar como patria, y por lo cual se nos incita a tomar las armas, son los intereses de la burguesía.

Porque ¿a quién perjudica esta huelga si no es a la burguesía, que se vería forzada a mejorar nuestra situación si el Gobierno no interviniera en su favor?

Manuel

¡Oh, ya nadie duda que la patria son los intereses de los ricos! (Se escucha rumor de voces de afuera, y entran siete obreros.)

ESCENA CUARTA

Los mismos y Obreros

Obreros

(Entrando.) ¡Salud, compañeros. (Se dirigen a las sillas y se sientan.)

Todos

(A los recién venidos.) ¡Salud, compañeros!

José

Estamos ya completos, porque (dirigiéndose especialmente a los recién venidos) habéis de saber que García, Hernández y cinco compañeros más, que son los que faltan, acaban de ser arrestados por la policía, y debemos darnos prisa para resolver lo conveniente en vista de las circunstancias, antes de que los perros guardianes del Capitalismo hagan su aparición aquí (Dirigiéndose a todos.) Compañeros: esta huelga, que cuenta apenas doce horas de existencia, durante las cuales ha cesado toda actividad industrial, sirve para demostrar que no es el dinero el que hace mover las industrias, sino los músculos y el cerebro del trabajador, y, por lo tanto, el trabajador tiene derecho a disfrutar

de todas y cada una de las ventajas que ofrece la civilización moderna, que no es otra cosa que el resultado de los esfuerzos de las generaciones de trabajadores que nos precedieron, conservado y acrecentado con el sudor y el sacrificio de la generación actual. Es, pues, indiscutible nuestro derecho a gozar de todo el producto de nuestro trabajo; pero nuestros amos nos niegan hasta la más insignificante mejora. Teniendo derecho a obtener el producto íntegro de nuestro trabajo, ¿qué es lo que demandamos por la presente huelga? El aumento de unos cuantos centavos sobre nuestros salarios y la disminución de la duración de la jornada de trabajo. ¡Una bicoca! ¡Una migaja de los enormes tesoros que producimos! Pues bien, pesar de que los trabajadores como un solo hombre se han declarado en huelga, y a pesar, también, de que la demanda es justísima, perderemos esta huelga.

Todos

¡No, no, no la perdemos! ¡Tenemos que triunfar!

José

Vuelvo a repetirlo (con energía): ¡la perderemos!

Manuel

No podemos perder esta huelga, porque el Gobierno nos apoyará.

Obrero Primero

El Gobierno no puede faltar a sus promesas.

Obrero Segundo

No puede hacer traición el Gobierno al pacto que con él celebraron los sindicatos obreros para exterminar a los campesinos.

Obrero Tercero

(A José.) Yo creo que eres un espía de la reacción.

Todos

(Gritando.) ¡Sí, eres un reaccionario!

José

¡Calma, compañeros, calma, y escuchad unas cuantas palabras más! Perderemos esta huelga tan hermosa, porque no estamos armados para hacer valer nuestro derecho. La solidaridad existe; de ello han dado buena prueba nuestros hermanos de clase abandonando el trabajo como un solo hombre; pero eso no basta. El enemigo no solamente es fuerte por su solidaridad, sino porque cuenta con armas y municiones para tenernos a raya a los hambrientos. Eso deberíamos tener también nosotros: armas y municiones. Ante el crimen organizado, los proletarios, que representamos la justicia, debemos estar armados. Esto os dije antes de que declarásemos la huelga, y os lo vuelvo a repetir. El derecho, inerme, invita al atropello.

Manuel

Nos quieres echar por un voladero. Tú quieres arreglarlo todo con barricadas y con guillotinas; pero afortunadamente los trabajadores tenemos buen sentido y no participamos de tus locuras. (A los demás.) ¡Compañeros, alerta! Recurrir a la violencia es echarlo a perder todo. Nuestro deber es obrar dentro de la Ley para que se nos respete. El derecho, inerme, atrae las simpatías de propios y extraños. Armado, invita a la violencia.

Obrero Primero

Compañeros: seguir las tácticas de José es echarnos de cabeza a un precipicio; es faltar a nuestro honor; es desconocer las firmas que con nuestro puño y

letra pusimos al calce de ese pacto glorioso que con el Gobierno celebramos de apoyarlo para que él nos apoyase; es renegar de la sangre de nuestros mártires derramada en apoyo de ese pacto; es declarar que fue inútil el sacrificio de los batallones rojos; es, en suma, una deslealtad que equivale a tanto como a morder la mano generosa que nos brinda su amistad.

Todos

¡Muera José! (Se forma una algarabía; se escuchan gritos de: eres un espía; no somos tus borregos; a otros con tus patrañas; yo no doy mi sangre porque tú vivas, ¡muera la violencia!)

José

¡Calma, calma, o no llegaremos a entendernos! (Manuel y el obrero primero se adelantan y se enfrentan a José.)

Manuel

No es posible tener calma oyendo tus majaderías.

Obrero Primero

Se necesita tener sangre de atole para no enardecerse con tus estupideces.

José

(Señalando a Manuel y al obrero primero.) Es natural que tú, y que tú, no estéis de acuerdo con mis tácticas de violencia, porque vosotros ya estáis emancipados. Vivís de las organizaciones obreras; tenéis asegurado el pan; ya formáis parte de los privilegiados. Vosotros, los que vivís de las organizaciones obreras, no podéis ser sinceros en la lucha por la emancipación de la clase trabajadora, y todos vuestros esfuerzos están encaminados a refrenar los

impulsos de rebelión y de protesta. Vuestro ideal no puede ser el derrumbamiento del sistema de la propiedad privada, porque entonces estaría de más vuestro papel de jefes obreros. Queréis, sí, conservar el sistema inicuo que hace posible la existencia de toda clase de parásitos. Veis con horror la revolución, porque al día siguiente de ella, si triunfásemos los trabajadores, tendríais que trabajar codo con codo con nosotros para ganarnos el pan. (Dirigiéndose a los demás.) Pero vosotros, que sentís en vuestras entrañas las mordeduras del hambre: vosotros, que estáis condenados a sudar como bestias para conseguir el duro mendrugo, y que sois testigos impotentes del dolor de vuestras compañeras y del llanto de vuestros hijos, ¿cómo se explica que no tengáis prisa de salir cuanto antes del infierno en que vivís? ¿Cómo se explica que dejéis caer los brazos cuando la razón y la dignidad nos llaman a la calle y a la barricada?

Obrero Segundo

(Burlón.) ¡Ya que nos das la receta, danos el remedio! ¡A ver las armas! ¡Te nombramos General! ¡Ja, ja, ja...! (Todos ríen de la ocurrencia y hacen demostraciones de desprecio hacia José.)

José

Bien sabéis que soy tan miserable como vosotros, y que no puedo daros las armas; pero tiempo sobrado habéis tenido de haceros de una, desde que os estoy predicando estas cosas. Además, si sois hombres, allí están los empeños y las armerías repletos de armas. Id a tomarlas, y si no podéis, aguzad vuestro ingenio y echad mano del arma más barata que hay. (Varios ¿cuál? ¿Cuál?) ¡El fuego! ¡Recurrid al incendio!

Obrero Tercero

¡No somos criminales! ¡No somos asesinos! (Se forma una algarabía: se oyen gritos de ¡Está loco! ¡Que lo amarren!)

José

Muy bien, entonces resignaos a ser asesinados. El Gobierno os prenderá a todos y os sentenciará a muerte o a largas condenas, porque, como todo Gobierno, debe velar por los intereses de la burguesía. Mientras el trabajador no sostenga sus derechos con las armas en la mano, será eternamente esclavo. (Se forma una algarabía y se hacen demostraciones del desprecio a José. De afuera se escucha la primera estrofa del himno anarquista "Hijo del Pueblo," cantado por hombres, mujeres y niños

"Hijo del pueblo, te oprimen cadenas,
"Y esa injusticia no puede seguir.
"Si tu existencia es un mundo de penas
"Antes que esclavo, prefiere morir,"

Seguida de disparos de armas de fuego y un confuso griterío que se va alejando. Todos, con excepción de José, quedan anonadados.) ¡Se asesina a nuestros hermanos en las calles! ¡A compartir su suerte, compañeros, a la calle todos! (Nadie se mueve, permaneciendo cabizbajos.) ¡Cobardes! ¡No se rompen las cadenas con las manos vacías sino con el rifle y la dinamita! (Hace una mueca de desprecio y sale.)

Obrero Segundo

Tal vez tenga razón José. El arma es la mejor garantía del derecho.

Obrero Tercero

Querer emanciparnos con los brazos cruzados, es ir de derrota en derrota. (Se escucha de afuera un rumor de fuertes pisadas, y entra un oficial seguido de diez soldados.)

ESCENA QUINTA

Los mismos y Oficial

Oficial

(A los obreros.) ¡Nadie se mueva! ¡Daos por presos!

Manuel

¿Por qué?

Oficial

¡Por trastornar el orden, por sedición, motín, asonada, rebelión y traición a la patria!

Manuel

Pero es que no tenemos armas.

Oficial

¡Ja, ja, ja...! Eso ya lo sabemos, ¡por eso venimos a arrestaros! (A los soldados.)
¡Ea, amarrad a estos pelados, y al cuartel con ellos! (Los soldados proceden a maniatar a los obreros.)

Obrero Segundo

¡Tenía razón José! ¡El derecho, inerte, invita al atropello!

(Cambia la decoración.)

CUADRO SEGUNDO

Una calle

ESCENA PRIMERA

General y Márquez

General

(Aparece por la derecha con Márquez al frente de diez soldados.) (A los soldados.) Cinco hombres a guardar la bocacalle por donde entramos, y cinco a la otra. (Los soldados se dirigen a los puestos indicados.) Mi buen Márquez, hay que escarmentar el peladaje. ¿Qué es eso de abandonar el trabajo a la hora que se les da la gana? He aquí la ciudad privada, durante doce horas, de agua, de tranvías, de carruajes, de toda clase de servicios, porque a los señores pelados se les antoja, ¡no más por eso!

Márquez

Dice usted muy bien, mi General, esa es una canallada que hay que escarmentar. Si usted me lo permite, voy en seguida a castigar a más de cuatro. (Se dispone a marcharse.)

General

(Lo detiene violentamente de un brazo.) (Volviendo azorado el rostro en todas direcciones.) No se precipite, mi buen Márquez, que no es bueno que quede yo solo en un momento de tanta conmoción. La vida del General es preciosa y debe estar perfectamente resguardada.

Márquez

Tiene usted razón, mi General. Me quedaré al lado de usted para proteger con mi vida ese noble pecho, al que sólo pueden tocar las manos blancas de lindísimas doncellas, al colgar de él las cruces y las medallas del mérito del honor y del valor.

General

Queda usted ascendido a coronel, mi buen Márquez.

Márquez

Gracias, mi General, y que Dios conserve su preciosa vida para la felicidad de la Patria.

General

No tiene usted por qué darme las gracias, mi buen Márquez. A mí me gusta hacer el bien a todo el mundo. Por eso verá usted que no tengo enemigos.

Márquez

Efectivamente, mi General; pero la gente es tan malvada que no tiene gratitud. Pongo por ejemplo a Isabel. Usted la sacó del pantano en que se encontraba, la honró con sus caricias, ¿y cuál ha sido el pago? ¡La más negra de las ingratitudes! Ahora está trabajando en una fábrica de cigarros.

General

Tiene usted razón, mi buen Márquez. Hice cuanto pude por esa muchacha; pero ella no supo conservar el bien que en mí tenía. Quería que la considerara como si hubiera sido una joven que se me hubiera entregado pura de toda mancha. Me aburrió, y a los tres meses la despaché a paseo. Sé que me odia;

pero un General no le tiene miedo a nada. (Se oye un disparo de arma de fuego.) (Trémulo de terror.) ¿Eh?... ¿Qué... qué... es eso? (Dos soldados de la izquierda traen en medio de ellos a otro desarmado).

Soldado Primero

(Cuadrándose.) MI General, a este hombre se le escapó un tiro.

Soldado Segundo

(Cuadrándose.) Mi General, el disparo fue accidental.

General

(Furioso.) Muy bien, ¡que lo fusilen! Ahora, a vuestro puesto. (Los soldados se retiran.) (A Márquez.) Hay que obrar con mano de hierro, mi buen Márquez. El Gobierno ha impuesto la ley marcial con motivo de la huelga y ha decretado que deben ser pasados por las armas los directores de la huelga, los que tomen participación en ella, los que asistan a un mitin en que se trate de la huelga y a todos los que simpaticen con el movimiento. ¡Así se necesitaba ya, para bajarles los humos a esos señores obreros que se creían merecerlo todo! Que recuerden que si ellos tienen derecho a vivir, también lo tenemos los ricos y todos los que servimos al Gobierno. ¿Qué sería de una sociedad sin ricos y sin gobierno? La virtud estaría a merced del más fuerte, los buenos serían aplastados por los malos, y nadie tendría pan, porque sin dinero, ¿con qué se puede comprar pan? Así, pues, a obrar con mano de hierro. ¡Energía! ¡Energía! Afortunadamente para la sociedad, cuenta con un hombre (dándose sendas palmadas en el pecho) que no conoce lo que es miedo. (Se escucha por la derecha el rumor de un vocerío que se acerca.) (Trémulo de terror y volviendo el rostro a derecha e izquierda.) ¿Eh?... ¿Qué... qué... pa-sa? (Se acerca un soldado de la derecha.)

Soldado

(Cuadrándose.) Mi General, se avista gente a dos cuadras de distancia.

General

(Al soldado.) No hay tiempo que perder. ¡Por la izquierda todos? (El soldado corre hacia la derecha y con el resto de sus compañeros marcha después a gran prisa hacia la izquierda, desapareciendo.) (A Márquez.) Vámonos, mi buen Márquez, a buscar un lugar más seguro, porque la vida de los Generales es preciosa. (Salen precipitadamente por la izquierda.) (Entra Isabel por la derecha, seguida de un grupo de trabajadores, hombres, mujeres y niños, que forman grande algazara.)

ESCENA SEGUNDA

Isabel

(Levanta una mano y se impone el silencio.) Compañeros: la huelga ha sido quebrada por los mismos que, para alcanzar el Poder, en sus momentos de apuro prometieron al pueblo trabajador toda clase de ventajas. El pueblo, confiado, tuvo fe en la honradez de sus caudillos, y se lanzó al combate, olvidando las lecciones de la historia de todos los tiempos y de todos los países, que nos enseñan que a la hora del triunfo los caudillos y los redentores pagan con puntapiés los sacrificios que los desheredados hicieron por encumbrarlos. En estos momentos la Historia consigna una vez más el mismo hecho: el Gobierno desconoce los sacrificios de los trabajadores, a quienes prometió apoyar en sus querellas con los ricos, y paga la sangre de nuestros mártires con órdenes de proscripción y de muerte para los obreros en huelga. Compañeros: que sea esta la última vez que la Historia, avergonzada de nuestra estupidez, tenga que consignar el mismo hecho. Si queremos ser libres, debemos acabar con la causa de todos nuestros males: la propiedad privada, haciendo de todo cuanto existe la propiedad de todos; pero

haciéndolo nosotros mismos, sin esperar a que un gobierno decreta la expropiación, porque los gobiernos son forzosamente los puntales del capitalismo. ¡Viva la expropiación para el beneficio de todos! (Todos contestan: ¡Viva!) ¡Muera todo gobierno! (Todos contestan: ¡Muera!) Ahora, compañeros, retirémonos a nuestras casas para reanudar mañana nuestra tarea de esclavos miserables; pero que esta derrota nos sirva para que en lo futuro no volvamos a creer más en promesas ni a reclamar nuestro derecho con las manos vacías. El derecho, para hacerse respetar, necesita el auxilio del rifle. (Aplausos y gritos. Hombres, mujeres, y niños cantan la primera estrofa de "Hijo de Pueblo," y al finalizar se escuchan disparos por la derecha, que ocasionan gran confusión y arrancan los gritos de ¡nos provocan!; ¡asesinos!; ¡venganza!; ¡venganza! Saliendo todos precipitadamente por la izquierda.) (Aparecen por la derecha un oficial y diez soldados disparando sus rifles hacia la izquierda.)

ESCENA TERCERA

Oficial

(A los soldados.) ¡Alto el fuego! (Los soldados dejan de disparar.) ¡Descansen, armas! (Los soldados descansan las armas.) Han huido como liebres esos pelados. ¡Ja, ja, ja...! Hay que enseñarles a plomazos que con el Gobierno no se juega. Ahora, a aprehender a los promotores de la huelga en su madriguera. (A los soldados.) ¡Tercien, armas! (Los soldados tercián armas.) ¡Media vuelta a la derecha, doblando! (Los soldados ejecutan la maniobra.) ¡De frente, marchen! (Marchan y salen, seguidos del oficial.) (Entra José por la derecha.)

ESCENA CUARTA

José

Por aquí han pasado los soldados. No debe estar muy lejos el lugar de la carnicería. (Viendo hacia la izquierda.) Me parece distinguir allá formas humanas tiradas en el suelo. ¡Cobarde hazaña de la fuerza! ¿Cuándo comprenderás, pueblo inocente, que tu primer deber es armar tu brazo para hacerte respetar? (Corre hacia la izquierda y sale.)

(Cambia la decoración.)

CUADRO TERCERO

Otra calle. Diseminados unos ocho cadáveres de hombres, mujeres y niños proletarios, entre ellos el de Isabel.

ESCENA ÚNICA

José

(Entra precipitadamente por la izquierda.) (Contemplando el cuadro.) Así pagas, sistema inicuo, los sacrificios de los humildes. He ahí, acribillados a balazos, a los productores de la riqueza social. ¡He ahí tu obra, burgués! ¡He ahí tu obra, gobernante! ¡Clérigo, ahí están tus víctimas! Esa sangre que enrojece el asfalto de la calle debería ostentarse eternamente en vuestros rostros, para horror de la humanidad. ¡Infames! Convertís en oro el sudor y las lágrimas del proletario, y cuando éste, con las manos vacías, os pide una migaja más de pan porque los niños desfallecen de hambre o porque la compañera se agota por la anemia, contestáis con el estampido de vuestros fusiles y llenáis de plomo sus vientres vacíos. (Se acerca a los cadáveres.) ¡También niños! (Emocionado.) Vuestro crimen ha sido empapar la tierra con vuestro llanto pidiendo pan. (Pausa.) ¡Y ancianos! ¡Oh, nobles veteranos del trabajo, que después de haber sudado oro para vuestros amos, no hubo un pedazo de pan duro que cayera en vuestras manos temblorosas! Vuestras canas venerables no tuvieron la virtud de detener la mano del asesino. ¡Ah, pobres mujeres... ¡(Al descubrir el cadáver de Isabel.) Pero ¿qué es lo que veo...? ¡Ah, fuerzas, no me abandonéis! (Con desesperación.) ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Isabel! (Solloza.) (Posa una rodilla en tierra y coloca sobre la otra la cabeza de Isabel.) (Acariciándola.) Soy yo, Isabel, soy José. Mírame, soy yo. Insúltame, escúpeme; pero no te mueras. ¡Ah, mi razón oscila como un enorme péndulo que se mueve en las tinieblas! ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Isabel! No me oye, ¡está muerta! Tu corta existencia fue un camino de espinas, y tu lecho de muerte el asfalto de la calle. Me dejas solo, solo en este ambiente emponzoñado por la maldad de los de arriba y la cobardía de los de abajo. Ambiente envenenado por el aliento de dos crímenes, porque si crimen es oprimir, crimen también es no partir en dos el corazón del opresor.

(Cambia la decoración.)

CUADRO CUARTO

Otra calle

ESCENA ÚNICA

General y Márquez

General

(Aparece por la derecha con Márquez y diez soldados.) (A Márquez.) ¡Aprisa, aprisa, mi buen Márquez! No vaya a suceder que tengamos algún encuentro desagradable, porque tanto le estamos haciendo al buey manso, o sea el pueblo, que acabará por embestirnos. Tomemos barrera, mi buen Márquez, tomemos barrera, que desde lejos se ven los toros.

Márquez

Sí, mi General, hay que cuidar ese pecho glorioso destinado a recibir medallas y no balazos.

General

Exactamente, mi buen Márquez. (Salen todos a gran prisa por la izquierda.)
(Cambia la decoración.)

CUADRO QUINTO

Otra calle. Un grupo de hombres y mujeres, armados con fusiles, pistolas y piedras, atareados en la construcción de una barricada por la izquierda, empleando para ello sacos llenos de tierra, mobiliario de casa y otros objetos.

ESCENA ÚNICA

José y Rebeldes

José

(Entrando por la derecha.) ¡Salud, camaradas! (Varios responden sin dejar de trabajar: ¡salud!) (Con entusiasmo.) ¡Aquí hay vida! La vida es combate, es esfuerzo, es movimiento. Pueblo quieto, pueblo esclavo, pueblo muerto. (Se apresura a tomar participación en la construcción de la barricada.) ¡Manos a la obra! Camaradas: esta barricada será al mismo tiempo cuna de una idea fecunda y sepultura gloriosa de un puñado de proletarios que conocen el honor. (La barricada queda concluida.)

Rebelde primero

Se nos ha provocado, y a la violencia contestamos con la violencia.

Rebelde segundo

(Mujer) Las huelgas por un pedazo más o menos de pan, son cosas que deberíamos tener ya olvidadas los proletarios y, sobre todo, si se hacen con los brazos cruzados. Aunque se gane una huelga, en realidad nada gana el

trabajador, porque si logra que el burgués le aumente el salario, el burgués buscará su desquite de otra manera, elevando los alquileres de las casas, aumentando el precio de los comestibles, y así por el estilo, con lo que el pobre esclavo queda burlado siempre. Que la experiencia sirva alguna vez para abrir los ojos a los pueblos, y les haga ver que el mismo esfuerzo y el mismo sacrificio que requiere la lucha por un pedazo más de pan, es exactamente lo que se necesita para demoler de una vez este sistema criminal, y hacer de todas las cosas la propiedad de todos. (Todos aplauden; se escuchan gritos: ¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la Anarquía! ¡Viva Tierra y Libertad!)

Rebelde tercero

(Haciendo de centinela.) ¡Camaradas, alerta! ¡El enemigo está al frente! (Todos se disponen a pelear; José saca su revólver y cantan el himno anarquista "Hijo de Pueblo:")

"Hijo del pueblo, te oprimen cadenas,
"Y esa injusticia no puede seguir.
"Si tu existencia es un mundo de penas,
"Antes que esclavo prefiere morir.
"Esos burgueses, asaz egoístas,
"Que así desprecian la humanidad,
"Serán barridos por los anarquistas,
"Al fuerte grito de libertad.

(CORO)

¡Ah!..."Rojo pendón,
"No más sufrir;
"La explotación
"Ha de sucumbir.
"Levántate,
"Pueblo leal,
"Al grito
"De Revolución Social.
"Vindicación
"No hay que pedir;

"Sólo la unión
"La podrá exigir.
"Nuestro pavés
"No romperás,
"Torpe burgués.
"¡Atrás! ¡Atrás!"

Una voz de afuera: ¡Viva el Supremo Gobierno! Los de la barricada contestan: ¡Muera! Se entabla un tiroteo, durante el cual los de afuera gritan: ¡Viva la Constitución! ¡Viva el Supremo Gobierno!, y los de la barricada: ¡Viva la Revolución Social! ¡Mueran los ricos! ¡Muera el Gobierno!, y van cayendo muertos, hasta quedar solamente José y los rebeldes primero y segundo.)

José

(Cargando su rifle, que ha tomado de uno de los muertos.) ¡Las balas se acaban! ¡Si pudiera convertir en balas mi odio a los tiranos! (Continúa disparando.)

Rebelde primero

No hay balas, pero nos sobra corazón. (Descubriéndose el pecho.) ¡Herid, esbirros! (Cae muerto.)

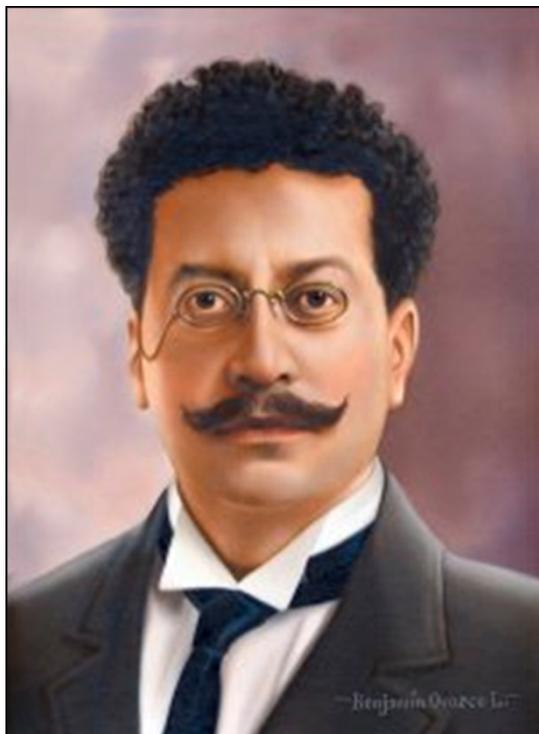
Rebelde segundo

(Dispara su pistola.) (Dirigiéndose a los de afuera.) Soldados: habéis asesinado a hijos del pueblo, a hermanos vuestros, porque vosotros también sois hijos de madres proletarias; vosotros también sois de nuestra clase, porque frecuentasteis el taller antes de vestir el uniforme del esbirro; porque os codeasteis con nosotros en la fábrica antes de ingresar al cuartel; porque os ganasteis el pan honradamente antes de ser los puntales de la opresión. Daos prisa en matarnos, que algún día suspiraréis por nosotros; matadnos para que vuestros hijos puedan saborear el pan ensangrentado que les llevaréis a sus bocas. (Cae muerto.)

José

(A los soldados.) Terminad vuestra obra, ¡insensatos! Ganad medallas para vuestros Generales, que os pagarán con el estupro de vuestras hermanas y de vuestras hijas. Sostened a los verdugos de vuestros propios hermanos, y pisotead este puñado de corazones generosos, que tendrán la virtud de convertirse en montañas de odio que os aplastarán mañana a vosotros y al sistema que sostenéis. ¡Viva la anarquía! ¡Viva Tierra y Libertad! (Se escuchan disparos de afuera, y cae muerto.)

Telón



Acerca del autor

Ricardo Flores Magón, nació el 16 de septiembre de 1873 en San Antonio Eloxochitlán, Oaxaca, México.

Fue el segundo de los tres hijos de Margarita Magón, hija de hispanoamericanos, y de Teodoro Flores, un teniente coronel mestizo que combatió en contra de la invasión estadounidense, en la Guerra de Reforma, en el ejército liberal de Benito Juárez. Se crió en el seno de una familia de tradición liberal.

A los ocho años emigró junto a su familia a la Ciudad de México, donde cursó estudios en la Escuela Nacional Preparatoria. Después estudios de Derecho en la ciudad de Oaxaca de Juárez .

Desde 1893, escribió en *El Demócrata*, ejerciendo duras críticas contra el presidente Porfirio Díaz. En 1900, junto con su hermano Jesús, fundó el periódico *Regeneración* como medio de oposición al porfiriato. Hubo de exiliarse en 1904 a Estados Unidos radicándose en la ciudad de Saint Louis (Missouri), donde fundó en 1906, con su hermano Enrique, el Partido Liberal

Mexicano, que tendría una gran aceptación entre obreros y campesinos, y que en su *Manifiesto* de fundación no sólo criticaba la dictadura del gobierno sino que exigió la jornada laboral de ocho horas, el descanso dominical obligatorio y el reparto de tierras. El Partido Liberal, estuvo detrás de las huelgas que, en 1906 y 1907 en la localidad minera sonorenses de Cananea y en la zona industrial veracruzana de Río Blanco, fueron reprimidas con gran violencia por el régimen de Porfirio Díaz.

Tras el estallido en 1910 de la revolución que obligó a la renuncia del dictador Díaz, los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón promovieron la insurrección de Baja California. Tomaron las ciudades de Mexicali y Tijuana e intentaron fundar una república socialista, aunque fueron derrotados por las tropas gubernamentales y retrocedieron a Estados Unidos. Siguieron combatiendo a los gobernantes que durante la Revolución Mexicana, sucedieron a Porfirio Díaz, como fueron los presidentes Francisco I. Madero (1911-1913) y Venustiano Carranza (1914-1920).

Relacionado con María Talavera Broussé, integrante del Partido Liberal Mexicano y compañera sentimental de Ricardo durante su exilio en los Estados Unidos.

Con Librado Rivera publicó un *Manifiesto revolucionario* en 1918 dirigido a los anarquistas de todo el mundo y las autoridades estadounidenses le condenaron a 20 años de cárcel sufriendo un cruel y despiadado régimen carcelario.

Ricardo Flores Magón falleció con 49 años y casi ciego, el 21 de noviembre de 1922, en la penitenciaría federal de Leavenworth, en Kansas, Estados Unidos.